



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER
**TODOS LO
QUERIAN MUERTO**

Todos lo querían muerto

KEITH LUGER

Todos lo querían muerto

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 14.121-1959

NÚMERO DE REGISTRO 4.133/59

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1960

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona - 1960

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

596. — Un disparo en la madrugada. 606. — El sheriff de la nariz rota. 628. — ¡Solo uno vivirá!

En Colección BÚFALO:

282. — El salteador de Texas. 299. — El desbravador. 314. — Una bala para cada uno.

En Colección SERVICIO SECRETO:

475. — Moriré esta noche. 486. — Torbellino de emociones. 489. — Muerte de una pelirroja.

En Colección PANTERA:

29. — La ley de los fuertes. 42. — La muerte oculta. 76. — El hombre de Memphis.

En Colección CONGO:

17. — Atentado en África. 19. — Calen la bayoneta. 28. — Rebelión en Argelia.

En Colección TEXAS:

118. — Una vida prestada. 145. — Candidato al ataúd. 149. — El hombre de Cuantrell.

En Colección CALIFORNIA:

145. — El puente de los malditos. 151. — Cien balas en acecho. 157. — El famoso gun-man.

En Colección COLORADO:

70. — Oro escondido. 76. — Los pistoleros de las 9'15. 108. — Caminó de Santa Fe.

En Colección KANSAS:

50. — Un gun-man bueno. 55. — El asesino Murray. 59.
— La reina de San Francisco.

En Colección ASES DEL OESTE:

22. — ¡A sangre y fuego!



CAPÍTULO PRIMERO

EL timbre del teléfono empezó a sonar justamente cuando me disponía a abandonar el despacho. Tenía ya el sombrero puesto sobre la cabeza y la cartera en la mano. Bueno, ¿quién sería?

Mientras seguía sonando traté de recordar si quedaba alguna cosa pendiente, algo que pudiera urgir, pero llegué a la conclusión de que quien llamaba lo haría por cualquier tontería.

Fueron unos segundos de vacilación y yo no supe que en aquellos momentos me estaba jugando la vida.

Finalmente solté una imprecación por lo bajo, me acerqué a la mesa y alcancé el auricular.

—Sí, diga.

Oí la voz de la telefonista.

—Conferencia de larga distancia, señor Larkin. Le van a hablar desde Lincoln, Nebraska.

¿Lincoln, Nebraska? Infiernos, yo no tenía ningún amigo que estuviese en aquel confín del mundo. Esto era Nueva York y Lincoln estaba a muchos centenares de millas.

Seguidamente escuché una voz untuosa.

—¿Señor Larkin?

—Sí.

—¿Gregory Larkin, el abogado?

—Sí. ¿Quién habla?

—Usted no me conoce, señor Larkin. Soy Elder Weston.

—Muy bien, señor Weston. ¿Qué es lo suyo?

—Necesito que venga aquí, a Lincoln, inmediatamente...

—Me temo que eso va a ser imposible, señor Weston.

—Se trata de un asunto muy importante.

—No lo dudo, señor Weston, pero usted debe tener por ahí un abogado más a mano, ya que se tratará de algún asunto profesional.

—Desde luego lo es.

—Entonces...

—Espere. Quiero que sea usted quien se encargue del caso. Verá...

—No hace falta que me dé detalles, señor Weston. No puedo trasladarme a Lincoln. Hoy es viernes y justamente el lunes he de atender un caso importante. El martes también estaré ocupado.

—No se trata del lunes ni del martes, señor Larkin. Quiero que venga ahora.

—Perdone, señor Weston. Diríjase a otro abogado.

Iba a colgar, pero de pronto él dijo:

—¡Espere, señor Larkin! Usted ya tiene cobrados diez mil dólares a cuenta de la solución de mi caso.

Ahora pensé que me las tenía que ver con un loco. De todas formas, pensé que quizá yo había oído mal.

—¿Cómo dice, señor Weston? ¿Diez mil dólares?

—Exactamente, señor Larkin. Le he hecho una transferencia a su cuenta corriente del Banco Transcontinental, exactamente de diez mil dólares. Voy a colgar ahora, señor Larkin. Compruebe usted esa transferencia. Dentro de diez minutos volveré a llamarle.

Iba a protestar, pero en ese momento sonó un chasquido indicándome que la conferencia había terminado. Colgué como un sonámbulo y permanecí un rato inmóvil. De pronto di vuelta a la llave del intercomunicador.

—Diga, señor Larkin —me atendió la señorita Bishop, mi secretaria.

—¿Hemos recibido alguna carta de un tal Elder Weston de Lincoln, Nebraska?

—No recuerdo ese nombre.

—Compruebe en el archivo y vea si tiene algún antecedente.

Poseo un archivo bien organizado. Cualquier persona que tenga relación con un caso en que yo me haya ocupado, cuenta con su correspondiente ficha en mi oficina.

Encendí un cigarrillo mientras esperaba.

Pasaron un par de minutos y luego oí la voz de la señorita Bishop.

—No hay nada, señor Larkin. No hemos recibido carta de ningún señor Weston, ni tampoco su nombre figura en nuestro archivo.

—Gracias, señorita Bishop. Haga el favor de ponerme en comunicación con el Banco Transcontinental. Quiero hablar con Alvin Oliver, de transferencias.

—Sí, señor Larkin, ahora mismo.

Al cabo de un rato me pasó la comunicación. Oí la voz de Oliver desde la otra parte.

—Dígame, señor Larkin.

—Oiga, le llamo para que me informe acerca de una transferencia hecha a mi nombre desde Lincoln, Nebraska.

—Sí, señor Larkin. Efectivamente hay una transferencia a su nombre. Llegó esta mañana y pasó por mis manos.

—¿Quiere darme detalles?

Me rogó esperase unos instantes y luego dijo:

—El giro ha sido hecho por Elder Weston, de Lincoln, Nebraska. La cantidad es diez mil dólares.

Sentí un escalofrío por la espalda y no supe a qué atribuirlo, pero en ese instante estoy seguro de que no era debido a la cantidad. Quizá sea cierto lo de que poseemos un sexto sentido.

—¿Me puede informar acerca de ese Weston, señor Oliver?

—Trataré de satisfacerlo. ¿Quiere que lo llame yo más tarde o prefiere esperar? Será cuestión de tres o cuatro minutos.

—Muy bien, esperaré.

No tenía otra cosa que hacer en aquel momento y quería saber algo acerca de aquel Weston. Me senté al borde de la mesa y dejé transcurrir los minutos. Fueron cuatro. Luego Oliver habló.

—¿Señor Larkin?

—Sí.

—Lo siento, señor Larkin, pero no podemos darle noticias de Elder Weston. No sabemos absolutamente nada de él, solo que el giro se hizo a través del Banco Comercial de Lincoln. Si usted quiere podemos investigar acerca del caso, pero naturalmente eso nos llevará un par de días teniendo en cuenta que nos encontramos a finales de semana.

—No, gracias, señor Oliver. Fue usted muy amable.

Nos despedimos y colgué.

Permanecí un rato pensativo. Luego me quité el sombrero y lo puse en la percha. Me puse a pasear por la habitación y de pronto sonó otra vez el teléfono. Me acerqué rápidamente a la mesa y hablé.

—Diga.

—Hola, señor Larkin.

Era otra voz el señor Weston, desde Lincoln. Noté cierta ironía en su voz.

—¿Hizo la comprobación, señor Larkin?

—Sí.

—Muy bien. Puede usted tomar el avión que sale de Nueva York dentro de dos horas. Llegará a Lincoln hacia las once de la noche.

—No tan deprisa, señor Weston. Ya le he dicho que tengo dos asuntos urgentes para principios de semana.

—Quizá le dé una sorpresa, señor Larkin. Tiene usted un par de días para resolver mi asunto y estoy seguro de que lo hará. Ello quiere decir que el lunes puede estar de regreso en Nueva York.

—Oiga, ¿de qué se trata?

—No puedo decírselo ahora. Lo sabrá cuando llegue aquí.

—No es la forma en que yo trabajo, señor Weston. Tendrá que decírmelo ahora.

—No, no puedo.

—Entonces lo voy a sentir mucho...

—Escuche, Larkin. Tiene diez mil dólares en el Transcontinental y hay otros diez mil esperándolo en Lincoln y todo porque usted pase aquí un fin de semana.

Me humedecí los labios con la lengua. La cantidad era tentadora. Veinte mil dólares ganados en un par de días. Era lo que

yo ganaba en dos años ventilando docenas de asuntos.

—Muy bien, señor Weston.

—Sabía que aceptaría.

—¿Dónde he de dirigirme, una vez llegue a Lincoln?

—Acuda usted al “Club Derby”. Está entre la ciudad y el aeropuerto. Sabrá llevarlo cualquier conductor a que se dirija.

—Debo advertirle algo, Weston.

—Dígalo, Larkin.

—Si ha pensado en mí como tapadera para llevar a cabo una cosa ilegal, pierde su tiempo.

Rio otra vez y su risa me exacerbó.

—Todo irá bien —dijo.

—No lo voy a hacer ni por diez mil ni por veinte mil dólares —machaqué.

—No se preocupe, no se trata de nada ilegal. Digamos que solo es un caso de envergadura, ya me entiende. Hay mucho dinero por medio, mucho más de veinte mil dólares. No le puedo decir más, señor Larkin. Lo veré a usted esta noche. Buen viaje.

—¡Espere!

No esperó.

Colgué mucho tiempo después que él y me puse a pasear nuevamente pensando en todo lo que me había dicho. Finalmente fui a la puerta y la abrí. La señorita Bishop, pulcra y eficiente, aporreaba la máquina de escribir.

—¿Quiere pasar, Nina?

Se puso en pie estirándose la falda, y alcanzó el bloc y el lápiz.

Vino hacia mí y le dejé el paso libre. Cerré la puerta y la miré un rato con tanta insistencia, que ella se sintió turbada. Entonces carraspeé suavemente y le conté el asunto. Cuando hube terminado, pregunté:

—¿Qué le parece, Nina?

—Creo que hay que felicitarlo.

—¿Sí?

—Son veinte mil dólares, señor Larkin —prosiguió sonriendo.

Me froté la nuca.

—No sé qué decirle. Ese hombre ha hablado como si

pretendiese hacerme un regalo y tengo experiencia respecto a que en el mundo en que vivimos no es frecuente encontrarse con un donativo.

—Él ya dijo que se trata de un asunto de mucho dinero, señor Larkin. Quizá llegue al millón o dos, y si usted le va a resolver un problema importante, el señor Weston hará un buen negocio haciendo un desembolso de veinte mil dólares.

—Sí, es posible —di un suspiro—. Está bien, voy a ir allí, pero quiero que avise a Fred Sherman para el caso de que yo no esté de vuelta el lunes —me quedé pensativo—. Haremos una cosa mejor, Nina. ¿Estará usted en casa el domingo a media noche?

—Sí. Pasaré el fin de semana con mi hermana Martha en su cabaña de los Addirondacks, pero regresaré el domingo al anocheecer.

—Estupendo. Si yo no la llamo a media noche, póngase en contacto con Sherman. Dígale que se ha de preparar para sustituirme el lunes en el Tribunal de Circuito. También hará bien en llevarse usted todos los antecedentes. Caso de que yo vuelva el domingo, la llamaré a casa y pasaré un instante a recogerlo todo. Si no hay llamada, usted establece contacto con Sherman y pone la carpeta a su disposición.

—Sí, señor Larkin.

—Ocúpese de mi billete para Lincoln.

Dijo que lo haría inmediatamente y me despedí de ella.

Tomé unos bocadillos en el automático y cuando pasé otra vez por la oficina, Nina ya tenía preparado el boleto. Me despedí de ella y una hora más tarde volaba en dirección a Lincoln, Nebraska.

CAPÍTULO II

CAMINÉ hacia la plaza de estacionamiento del aeropuerto donde había una hilera de taxis. Ocupé el primero de ellos y di al conductor la dirección del “Club Derby”.

El coche se puso en movimiento. La radio emitía música de baile.

Eran las once de la noche. Por nuestro lado pasaban los coches.

Una milla, más allá del aeropuerto, el coche abandonó la carretera principal y se internó por un camino bordeado de árboles.

—¿Está muy lejos el club? —pregunté.

—Oh, no, a cosa de unas tres millas.

—Muy bien —dijo y encendí un cigarrillo.

De pronto, al salir de una curva, el conductor frenó bruscamente y yo salí lanzado hacia delante.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un coche delante, seguramente es una avería.

—¿No puede pasar?

—No, tendré que apartarme.

Justamente en ese instante vi un hombre que avanzaba hacia nosotros por la izquierda. Abrió la portezuela de mi lado y metió la cabeza al tiempo que adelantaba su diestra. Sentí un estremecimiento al ver que esta la tenía ocupada con una pistola. Entonces se abrió la portezuela correspondiente a la parte del conductor, y por encima del asiento vi que allí había otro hombre y que también se inclinaba sonriendo al taxista.

—¿Qué es esto? —dije—. ¿Un asalto?

El tipo que me había correspondido estaba por los treinta años de edad y era rubio, de pelo cortado a cepillo, nariz chata y boca excesivamente grande.

—Qué inteligente es usted —repuso—. Vamos, salga.

De pronto, el conductor trató de coger algo del tablero de instrumentos. La mano del otro tipo surcó el aire y se produjo un ruido sordo cuando el arma que esgrimía chocó contra la cabeza del taxista. Este soltó un gemido y se desplomó hacia delante.

Tragué saliva mirando al rubio.

—Está bien —dije—. No necesitan perder el tiempo. Cojan mi cartera y aligérenla del dinero.

—Fuera, tipo listo —repitió.

Levantó el arma unas pulgadas apuntándome al pecho y tuve la impresión de que iba a disparar.

—Está bien —concedí—. Bajaré.

Salí fuera y sentí el aire fresco de la noche.

El fulano que había dejado fuera de combate al conductor, estaba colocando a este sobre el volante. Terminó la faena dando un suspiro y se volvió hacia nosotros.

No vi bien su cara porque ahora nos rodeaba la obscuridad.

—Saca la botella de whisky, Bill —dijo el rubio.

Bill sacó una petaca del bolsillo trasero del pantalón y desenroscó el tapón.

—Anda, bebe —me invitó.

—Gracias —repuse—. No lo hago a estas horas.

—Es para que se te quite el miedo.

—No tengo miedo.

—Bebe te digo. Anda, y deprisa.

Todo aquello era muy extraño, tanto que empecé a pensar que la invitación tendría relación con lo que podría ocurrir después y no me gustó la imagen que pasó por mi mente.

Tendí la mano y cogí la botella. Bebí un pequeño trago y descansé mientras observaba a los dos hombres.

—Bebe más —dijo el rubio—. La mitad de la botella.

—Es demasiado para mí —repuse.

—¿Qué te parece? —dijo el rubio por la comisura de la boca hacia Bill—. ¿Te encontraste alguna vez otro igual? Lo invitamos a beber un buen whisky y el tipo se pone a hacer muecas.

—Anda, palurdo —habló Bill—. Bébetelo todo.

Bebí un trago y luego le alargué la botella.

—Lo siento, pero es mi límite.

Bill la cogió y sopesóla. Había hecho descender la mano que esgrimía la pistola y de pronto la levantó bruscamente. El cañón me golpeó la mandíbula y sentí un terrible dolor que me laceró el cerebro. Retrocedí dos pasos, tambaleante y me detuve al chocar la espalda contra el taxi.

Sacudí la cabeza de un lado a otro y de pronto el mismo fulano que me había golpeado se me echó encima y me cogió por el cuello de la camisa.

—Te lo vas a beber todo, ¿sabes, estúpido? ¡Anda, empieza!

Me acercaba la botella a los labios.

Cerré los ojos e inspiré profundamente. Había quedado muy encima de mí, demasiado. Levanté la rodilla con fuerza y se la incrusté en el estómago. El tipo se agachó soltando un gemido ahogado y entonces le pegué con el filo de la mano en las narices.

Sentí el crujido de los cartílagos.

El rubio avanzó muy aprisa y me pregunté durante una décima de segundo por qué no disparaba, ya que me tenía a su merced, pero lo que hizo fue soltarme un patadón en la espinilla, tan fuerte, que creí que me la partía en dos. Y luego, cuando perdí el equilibrio, me cazó con la culata junto a la oreja.

No perdí el conocimiento y vi muy cerca de mí al fulano que yo había golpeado. Chillaba como un cerdo mientras se miraba las manos bañadas en la sangre que salía a borbotones de su nariz rota. Pensé en lo bonito que hubiese sido hacerle lo mismo al rubio, pero este no me concedió ninguna oportunidad, porque se agachó de nuevo y me volvió a golpear con la pistola.

Era más de lo que podía resistir y empecé a dar vueltas por un pozo negro. Primero lo hice muy despacio y luego aprisa, cada vez más, y ya caía hacia lo más profundo, y luego de pronto, tuve la impresión de que golpeaba contra un detonador y el mundo estallaba y yo era uno de los más insignificantes pedazos y para mí se hizo la noche eterna.

Un siglo o dos más tarde, me encontré descansando sobre un colchón de nubes, pero estas no se estaban quietas. Me conducían a alguna parte.

A través de la bruma empecé a ver algo que tenía relación con el mundo que creía acababa de abandonar. Era un rostro enmarcado por una cabellera de fuego, un rostro en el que había unos ojos grandes de un color azulado, unas cejas finamente trazadas en arco y unos labios rojos como la grana, y aquellos labios se distendieron sonriéndome, y otra vez la bruma se interpuso delante de aquella cara maravillosa. Mucho tiempo después la volví a ver. Su cabello me siguió pareciendo como una llamarada y su boca la más deseable que yo había conocido en mucho tiempo. Ahora, sus labios se movieron otra vez para sonreír. Dijo algo y lo oí claramente.

—Hola, Rock.

Sentí que el dolor me laceraba por todo el cuerpo, que se transmitía a ondas desde el cerebro a la punta de los pies y entonces una idea se abrió paso en mi mente. Yo estaba vivo.

La imagen fue a desaparecer de nuevo, pero hice un esfuerzo para conservar cerca de mí aquella cara, y lo conseguí. Esperé unos segundos y la vi con más nitidez.

—Oh, Rock —dijo—. Me has hecho pasar un infierno.

Fue un buen chiste. Ella había pasado un infierno. ¿Y de dónde salía yo? Recordé a aquel par de gorilas que me habían dado la bienvenida a mi llegada a Lincoln, y rogué al cielo que me diese oportunidad para encontrármelos otra vez.

—¿Estás bien, Rock? —preguntó “Cara Bonita”.

Fui a responder, pero no logré articular palabra alguna.

Entonces una voz llegó por la derecha.

—No se preocupe, señora O’Mara. Su esposo se encuentra perfectamente.

Cerré los ojos y las últimas palabras continuaron merodeando por mi cabeza, se abrieron paso en mi pensamiento y finalmente con mucho esfuerzo, quedaron grabadas.

La cosa estaba clara, yo me llamaba Rock y era el esposo de “Cara Bonita”. Sentí una sensación distinta al dolor, un cosquilleo por el estómago. Infiernos, es muy bueno eso de que le peguen a uno una buena tunda y encontrarse al despertar con una esposa a la que nunca ha visto. Abrí los párpados para ver algo más de mi maravillosa mujercita. Se hallaba a un lado del lecho y juré para

mis adentros que estaba bien provista de todo. Al lado de ella había un individuo con bata blanca. Decidí que sería el médico y estuve tentado de decirle que se largase.

—¿No está herido gravemente, doctor? —preguntó ella.

—Oh, no, señora O'Mara. Tuve miedo al principio de que sufriese una lesión interna, pero le hemos hecho un examen completo. Su marido solo ha sufrido un intenso *shock*.

—¿Puedo llevármelo a casa, doctor Morley?

—Desde luego, señora O'Mara. Pero le aconsejo espere un par de horas. Después de todo, es muy poco tiempo y para entonces, su marido ya habrá reaccionado.

—Muchas gracias, doctor. Esperaré.

—Puedo poner a su disposición una ambulancia.

—Oh, no, traje conmigo el coche. ¿Podrá salir por su propio pie?

—Sí, señora O'Mara. Podrá hacerlo.

—Gracias, doctor.

—Ahora ha de perdonarme —dijo el doctor, obedeciendo mi fuerza telepática—. He de atender otro caso urgente.

Hice un esfuerzo para volver la cabeza y le vi. Era un tipo grueso y casi no tenía cuello. Me recordó a una tortuga con la cabeza asomando por la concha, incluso su nariz tenía forma de pico. Resbalé los ojos por su cuerpo buscándole el rabo, y justo lo encontré, porque le colgaba por detrás el cinturón de la bata.

—Animo, señor O'Mara —oí que decía.

Lo miré a la cara y vi que me sonreía. Luego hizo chasquear la lengua y se alejó de mi campo visual.

Oí unos pasos y de pronto la puerta se cerró. Quedamos solos “Cara Bonita” y yo.

Empecé a encontrarme mucho mejor. Moví una pierna y luego otra. Luego le llegó el turno a los brazos. No, no tenía ningún hueso roto.

La pelirroja sacó un paquete de cigarrillos del bolso, encendió y se puso a fumar. Noté que había algo felino en cada uno de sus movimientos y eso es lo que más me ha gustado siempre en una mujer.

—¿Mejor, Rock? —preguntó mirándome fijamente.

—Sí —asentí.

—Tienes la voz más ronca —dijo.

—Quizá.

—Dicen que las personas pueden cambiar mucho en un año. No lo había creído hasta ahora.

Yo no tenía nada que decir.

—¿Te das cuenta, Rock? —murmuró—. Ha pasado un año desde la última vez que nos vimos, justamente doce meses y nueve días.

Podía haberle dicho que no era su marido, pero yo había decidido no hacerlo. Yo vivía en Nueva York muy tranquilamente y alguien, un tal Elder Weston, me había sacado de mi despacho con el señuelo de que iba a pagarme veinte mil dólares. Y de pronto, apenas llegaba a mi destino, me encontraba con que me estaban esperando para liquidarme. Juré en aquel instante que se lo haría pagar al individuo que había organizado todo el complot y pensé que el seguir representando toda aquella comedia, podía hacerme llegar hasta él.

De pronto oí que ella me preguntaba.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo, Rocíe?

—Por ahí.

En sus ojos vi unas lucecillas de ira, pero se apagaron muy pronto y volvió a sonreír.

—Supongo que te voy a parecer un poco tonta.

—No. ¿Por qué habías de parecérmelo?

—Da igual, Rock. No te voy a molestar mucho, si es que quieres que las cosas continúen igual como estaban antes de marcharte.

Al parecer, aquel Rock O'Mara con quien me confundía, su marido, no se había llevado bien con ella.

Deseé conocer más cosas de ellos dos, pero el terreno era muy resbaladizo y en cualquier momento podía pegar un traspié.

—Está bien, Rock —dijo—. Quiero que sepas algo.

—¿Sí?

—Vine aquí porque me dieron cuenta de tu accidente, porque creía que era mi deber, pero te dejaré en paz si es ese tu deseo.

No, no quería que me dejase en paz.

—Ya hablaremos de eso luego, nena.

No podía darle su nombre porque lo ignoraba. Por unos

instantes la miré preguntándome cuál sería el suyo.

—¿Entonces, vas a venir a casa? —murmuró.

—Sí —dije.

—Lo celebro.

—Yo también.

Hubo una pausa embarazosa y luego dije:

—¿Y el conductor, ya sabes, el taxista?

—Tuvo mucha menos suerte que tú. Murió en el accidente.

—Ya —repuse y se me revolvieron las tripas.

Sin darme cuenta, yo había llevado a la muerte a un hombre que no conocí hasta el momento de pedirle que me llevase al “Club Derby”.

—¿Casado? —pregunté.

—Sí.

—¿Hijos?

—Tres niños, el mayor tiene trece años.

Apreté los dientes hasta hacerlos rechinar. Aquel rubio y su compañero me verían otra vez, de eso estaba yo ahora seguro, y cuando eso ocurriese, no iba a dejarles que me cogiesen la delantera.

La puerta se abrió de golpe y entró un hombre con el sombrero puesto. Se cubría con una gabardina de color marrón con el cuello levantado. Rondaba los treinta y cinco años de edad, y su nariz se arrugaba como si estuviese oliendo perpetuamente a podrido.

Me observó, luego a la señora O’Mara y después otra vez a mí.

—Soy el teniente Panton, de Homicidios, señor O’ Mara.

—Mucho gusto —dije.

—¿Está en disposición de declarar?

—Desde luego.

Volví la cabeza y en eso oí unos pasos por detrás de él. Un agente puso una portátil sobre una mesa y se preparó para escribir. Entonces, el teniente me hizo una señal con la cabeza.

—¿Qué ocurrió, señor O’Mara?

—Salí del aeropuerto. Me llegué a la parada de taxis. Di al conductor la dirección del “Club Derby”. Nos pusimos en camino y cuando ya llevaba un buen trecho, de pronto... —dejé el relato sin

terminar, porque no me interesaba añadir más.

Por unos instantes se oyó el rápido golpeteo de las teclas, y luego siguió un silencio.

El teniente Panton mantenía la mirada fija en mí.

—¿Invitó a beber al conductor, señor O'Mara?

—No.

—¿Está seguro?

Recordé la petaca de whisky de los asesinos.

El teniente sacó un bloc de notas del bolsillo de la chaqueta, pasó unas hojas y dijo:

—El nombre del conductor es Max Riggs. Hablamos con sus compañeros. Nunca bebía, y, sin embargo, de la autopsia practicada, resultó que había ingerido una gran dosis de whisky.

—Quizá bebió antes de que yo lo tomase en la playa de estacionamiento.

—Ya oyó antes que sus compañeros aseguran que Riggs no bebía.

—¿No hay excepciones, teniente?

Hizo una mueca acusando el golpe.

—Sí, las hay, señor O'Mara.

Observó otra vez a la pelirroja y sacudió la cabeza.

El tipo de la máquina terminó de escribir.

—Muy bien, señor O'Mara —dijo el teniente—. No lo quiero cansar mucho —su voz adquirió un tono oficial—. Max Riggs murió en un accidente por propia imprudencia. Se precipitó a ochenta millas por hora, por el abismo del “Águila”, una milla antes de llegar al “Club Derby”.

Tragué saliva. Así, pues, los matones lo habían organizado bien. Nos habían privado del conocimiento y, después de rociarnos con whisky, pusieron el coche en marcha a toda velocidad precipitándonos por una barranquera.

El teniente estaba hablando otra vez:

—Le felicito, señor O'Mara. He hablado con el doctor. El que usted se haya salvado es un auténtico milagro. Para emplear sus propias palabras su caso es uno entre mil. La portezuela de su lado se abrió y usted salió lanzado fuera. Solo se produjo unos rasguños.

—Soy un tipo de mucha suerte —comenté.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algo.

—Su cartera, señor O'Mara.

La pelirroja alargó la mano, pero yo fui muchísimo más rápido que ella. Apreté los dedos sobre la cartera y la atraje dejándola bajo la almohada. Entonces vi que mi mano estaba vendada.

El teniente se tocó el ala del sombrero saludando, hizo una mueca y empezó a girar para marcharse, pero de pronto se detuvo y volvió la cabeza.

—Otra cosa, señor O'Mara.

—Diga.

—¿Por qué tenía tanta prisa en llegar al "Club Derby"?

—No fue cosa mía, sino del conductor.

—Qué extraño. Max Riggs, además de no beber era un hombre muy prudente.

Permanecimos un rato mirándonos y luego se retiró.

El agente que había tomado mi declaración, me acercó la hoja y una estilográfica.

Firmé con el nombre de Rock O'Mara asegurándome antes de que la pelirroja no me estaba mirando.

El agente abandonó la habitación.

El interrogatorio del teniente, me había servido para recuperar totalmente los sentidos.

Observé por primera vez la ventana y vi los rayos de sol que se filtraban a través de los listones.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las ocho —contestó la dama.

Me pasé una mano por la frente.

—Así que, han pasado casi nueve horas.

—Sí, Rock, ha sido una espera muy larga. Vine aquí cuando era de noche.

La observé con más atención. Era esbelta y todo lo que exhibía sobre su hermoso cuerpo, vestido, medias y zapatos, respiraba elegancia.

—¿Estuviste sola? —pregunté.

—Sí, ¿por qué?

—Pensé por un momento que alguien te podía haber hecho

compañía.

—No me gustan las ironías —dijo levantando la barbilla—. Tú lo sabes. Rock.

—Perdona, nena, si te he molestado en algo.

Quedó en suspenso unos instantes y luego se acercó a la mesilla de noche y aplastó la punta del cigarrillo contra el cenicero.

—Te acompañaré a casa —dijo con voz decidida.

—Muy bien —respondí.

—Pero antes he de ir a ver a tío Carl. Volveré cuando hayan transcurrido las dos horas que señaló el doctor.

—Gracias, nena.

—¿Es que no me puedes llamar por mi nombre?

Sentí un escalofrío.

—Claro que sí —dije, sonriendo.

—Te consta que no me gusta eso de nena.

Se volvió rápidamente dando por terminada la entrevista y mientras se dirigía a la puerta observé el suave balanceo de sus caderas.

Me había erguido un poco sobre los codos, y ella, al volverse, se dio cuenta de lo que me había llamado la atención.

Sus mejillas se colorearon un poco. Abrió los labios para decir algo, pero se contuvo, y salió fuera cerrando a sus espaldas.

CAPÍTULO III

EN cuanto me encontré solo, saqué la cartera de debajo del almohadón y me puse a revisarla. Encontré una tarjeta de la Oficina de Veteranos de Guerra, a nombre de Rock O'Mara, nacido en Filadelfia, el veinte de enero de mil novecientos veintitrés. Sentí un escalofrío al ver la fotografía que había allí. Era yo mismo. Mi misma cara, mis ojos, mi frente, mi nariz, pero yo sabía que no era yo, sino el verdadero Rock O'Mara, el tipo con quien me habían confundido, el marido de la pelirroja.

O'Mara había sido licenciado con el grado de teniente. Había cuatro o cinco tarjetas de visita con su nombre. Rock O'Mara, pero no constaba dirección ni número de teléfono. También encontré ocho billetes de a cinco dólares y tres de a uno.

La puerta se abrió de nuevo y cerré la cartera para observar a mi visitante.

No lo había visto nunca, antes de ahora. Estaba por los cuarenta años de edad y se cubría con un traje de buen paño. Su cabello era del color de la arena mojada, sus ojos grises, la nariz recta y el mentón hendido por la mitad. Era un tipo guapo, pero de una belleza varonil. Me estaba mirando desde que había entrado y ahora, al detenerse, vi que las aletas de su nariz palpitaban. No me agradó su aspecto, especialmente porque sabía que yo no le agradaba a él.

—Al fin has vuelto, Rock —dijo.

—Ya ves, aquí me tienes —murmuré.

—Ha sido un error por tu parte.

—Todos cometemos errores.

—¿Qué es lo que persigues con tu regreso? ¿Recuperar a Wilma? —hizo una pausa y movió la cabeza en sentido negativo—. No, Rock. Tu mujer ya no te quiere.

Así que, su nombre era Wilma.

Miré los ojos del fulano y empecé a imaginar lo que le traía allí. El guapo mozo estaba enamorado de mi mujer, quiero decir, de la mujer de Rock O'Mara.

Prosiguió.

—Quizá todo se habría arreglado si hubieses muerto en ese accidente, Rock.

—En lugar del taxista, ¿eh?

—Sí.

—Ya sabes que mala hierba nunca muere.

—Tu muerte no iba a entristecer a nadie, Rock.

—¿Ni siquiera a Wilma?

—Ni siquiera a ella.

—Recuérdamelo para otra vez. Si alguien tiene que morir, procuraré ser yo la víctima.

—Ahora no te va a servir tu cinismo. Rock.

—¿Qué es eso de que no me va a servir?

—Wilma estaba a punto de solicitar el divorcio.

—Qué gran noticia.

—Tiene un buen motivo. Fue abandonada por su marido hace más de un año y en todo ese tiempo no supo la menor noticia de él.

—¿Interpuso ya la demanda?

—Ya te he dicho que estaba a punto de hacerlo. He hablado con ella ahí fuera cuando salió de aquí.

—Y supongo que yo habré sido el tema de la conversación.

—Sí, no hubo otro mejor.

—Y apuesto a que tú le preguntaste acerca de si continuaba con su idea de llevar adelante el divorcio.

—Está decidida, Rock. No quiere saber nada de ti.

—Ella dijo que volvería dentro de un rato para llevarme a casa, ¿no te parece extraño, muchacho? No quiere saber nada de mí, pero los dos vamos a salir de aquí con destino a nuestro hogar.

—No confundas las cosas, Rock. Cuando lleguéis allá, Wilma te expondrá el asunto sin rodeos y luego se irá de tu lado.

—Supongo que para siempre.

—No debes tener ninguna duda.

—Y, naturalmente, vosotros no tardaréis en casaros.

—Eso es lo acordado.

Le sonreí, diciendo:

—Enhorabuena, muchacho.

En sus ojos brilló el odio.

—¿Te vas a oponer, Rock?

—¿Por eso me has hecho esta visita?

—Sí, confieso que es lo único que me interesa saber de ti.

—Está bien —dije—. No me opondré a que Wilma se separe de mí. Si se queda conmigo va a ser cosa suya, completamente suya.

Yo no apartaba los ojos de su cara. Quería ver alguna reacción, algo extraño, pero toda la conversación transcurría como si él también creyese que yo era Rock O'Mara. O era un embustero con la sangre fría de una serpiente, o realmente, el tipo me creía su rival con respecto a Wilma.

—Muy bien, Rock —dijo—. Está dicho todo.

Yo no lo creía así. Me hubiese gustado conocer su identidad, pero no le podía hacer ninguna pregunta acerca de ello.

Sacudí la cabeza mientras él decía:

—Espero que te des cuenta de que las circunstancias no son las mismas que hace un año.

—No, no son las mismas, muchacho —asentí.

—Celebro que lo comprendas —sonrió por primera vez.

Luego dio media vuelta y se marchó.

Permanecí pensativo un rato tratando de coordinar mis ideas, pero no llegué a ninguna parte, porque naturalmente tenía muy poco en que hincar el diente. Solo podía hacer una cosa, seguir la comedia hasta donde pudiera. Naturalmente, esto entrañaba un riesgo. Había al menos, una persona que estaba al corriente de que yo no era Rock O'Mara, justamente el hombre que había querido quitarme del medio.

Y de pronto, sentí un escalofrío, pensando que a él no le habían salido las cosas tal como las había proyectado. Yo tenía que estar muerto, pero continuaba vivo en aquella cama de la habitación de un hospital de Lincoln, Nebraska.

En eso llamaron a la puerta. Fueron dos golpes suaves.

—Adelante —dije.

Se abrió la puerta y vi enmarcado un hombre que me gustó trenos que “Mentón Hendido”. No sé por qué, pero encontré algo siniestro en su figura. Tendría cincuenta años de edad, la cabeza casi calva y defendía los ojos con gruesos lentes. Era barrigudo y con su diestra esgrimía un bastón. Su cara parecía un triángulo invertido.

Después de cerrar vino hacia mí y me dedicó una sonrisa.

—Hola, muchacho —dijo alargando la mano. Mis dedos crujieron cuando me los apretó—. Apuesto a que te has acordado muchas veces del viejo Austin Jasper, ¿eh, Rock?

Le di las gracias en mi fuero interno por presentarse.

—Claro que sí —convine—. Me he acordado muchas veces del viejo Austin Jasper.

—Me alegro mucho que hayas regresado, Rock.

Al fin encontraba una persona que se alegraba de la vuelta de Rock O'Mara.

—¿Cómo le va, Jasper?

—De primera, muchacho —hizo una pausa y me guiñó un ojo—. Vi a Tony Harwood en el vestíbulo. Sé que él también me vio, pero se hizo el desentendido. Me imagino que está esperando a Wilma.

Bueno; ya tenía otro nombre. “Mentón Hendido” era Tony Harwood.

Jasper carraspeó suavemente.

—¿Te has enterado de lo que ocurre?

Preferí simular que no sabía nada.

—Cuéntemelo usted, Jasper.

—Wilma vino a mi despacho la semana pasada. Me visitó como abogado de la familia, no como amigo. Dijo que quería divorciarse de ti. Le sugerí que esperase algún tiempo más, pero ella insistió en que estaba decidida y que sabía bien lo que hacía. Bueno, empecé los trámites y justamente mañana, pensaba interponer la demanda —hizo otra pausa—. ¿Te contó algo ella?

—No, ella no. Fue Tony.

—Lo he debido suponer —dio unos pasos por la estancia, mirando al suelo, y de pronto, detuvo, volviendo la cabeza hacia mí—. ¿Qué vas a hacer, Rock?

Encogí los hombros y sentí una aguda punzada en la espalda.

—¿Qué puedo hacer, Jasper? Si ella quiere la separación, creo que debo dar la conformidad.

Enarcó las cejas y me di cuenta de que había cometido un error al hablarlo así.

—A pesar de todo, siempre estuviste enamorado de ella, Rock.

—Pero ha pasado un año.

—Ya —dijo—. ¿Alguna otra mujer?

—No, desde luego.

—Entonces no lo comprendo. Admito que tuviste razones para alejarte de Lincoln, pero siempre pensé que terminarías por comprender que tu sitio estaba aquí y que, por nada del mundo, consentirías en que Tony Harwood se llevase a Wilma. Recuerda cuántas veces me has dicho eso.

Guardé silencio porque si me ponía a hablar en aquellas circunstancias, podía cometer otro error.

—Muy bien, Rock —dijo—. Es cosa tuya y no voy a tratar de influir en tu decisión.

Sonreí levemente.

—Dejaré que sea Wilma quien diga la última palabra.

Se cogió la puntiaguda barbilla y la masajeó con el dedo pulgar.

—Querrás saber cómo han andado las cosas durante estos doce meses...

—Sí.

—Pasa mañana por mi despachó y te informaré.

—¿Y por qué no ahora? —sugerí.

Me miró muy fijamente.

—Tus negocios marchan bien. Después de la baja de mil novecientos cincuenta y siete, el cobre subió este año. Calculando por encima, has tenido unos ingresos de unos doscientos cincuenta mil dólares. La compañía de maquinaria agrícola, te ha proporcionado otros cincuenta mil en números redondos. Lo que ha ido mal ha sido la compañía inmobiliaria. La construcción fue mal, pero me retiré a tiempo y solo has perdido unos treinta mil. Liquidé toda tu participación en ese negocio.

Dejó de hablar y se quedó mirándome.

—Gracias, Jasper —dije.

Se quitó la mano de la barbilla, poniéndosela a la espalda.

—He de decirte algo que también ocurrió mientras estuviste fuera.

—Adelante.

—Tu primo Charles intentó conseguir del Tribunal una sentencia favorable para administrar tus bienes. No sé de qué forma se las arregló, pero consiguió la firma de Wilma.

—¿Ella hizo eso?

—Charles encargó a una Agencia de Investigación de Kansas City, que se ocupase de buscarte. Hace cosa de tres meses. Charles recibió un comunicado según el cual, tú habías muerto en Los Ángeles.

—Vaya noticia.

—Se trataba de un cadáver que encontraron en una playa de la Costa, en La Joya. El cuerpo había quedado bastante estropeado y carecía de documentación. Naturalmente, a Charles le convenía que tú fueses el muerto y la Agencia de Investigaciones Privada, hizo todo lo posible para que aquel cadáver fuese reconocido como el de Rock O'Mara. Yo me opuse y salí triunfante.

—Fue un buen trabajo.

—No tuvo importancia. Cualquier abogado hubiese logrado lo mismo que yo. Las pruebas que presentaron eran muy débiles, edad aproximada y ausencia de nueve meses del domicilio conyugal. No existió posibilidad de conseguir las huellas dactilares del cadáver, porque como ya te dije antes, quedo bastante destrozado.

—El primo Charles, ¿eh? Y quería administrar mis bienes. ¿Por qué dio la conformidad Wilma?

—Se lo pregunté a ella —Jasper bajó la mirada al suelo.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Dijo que quizá así te volvería a ver. Ella tampoco estaba convencida de que el cadáver de La Joya fuese el tuyo. Wilma siempre ha creído que tú seguías en contacto con Lincoln, que te valdrías de algún medio para informarte acerca de cómo iban las cosas. Te bastaría con comprar los periódicos de la localidad y ella pensaba que, a través de ellos, te enterarías del expediente que Charles iba a promover en los Tribunales.

—¿Cómo encajó el golpe Charles?

—Ya te puedes imaginar. Unos días después que el Tribunal fallase en contra de su demanda, me visitó en mi despacho. Había bebido en exceso y empezó a decir una sarta de majaderías.

—¿Qué sarta de majaderías?

—Dijo que no había conseguido matarle, pero que solo era cuestión de tiempo. Naturalmente, se refería a la muerte legal.

—Sí, lo supongo.

Se hizo un silencio entre los dos. Me volvió a tender la mano.

—Está bien, muchacho —dijo—. He de marcharme ahora.

—Gracias por su visita.

—No hay de qué darlas. Si me necesitas ya sabes dónde me tienes.

—Iré a verle un día de estos.

—Y en cuanto a Wilma... —se interrumpió—. Bueno, es cosa vuestra.

Estreché su diestra y se marchó.

Al fondo, a la izquierda, había una puerta. Aparté las sábanas y puse los pies en el suelo. Al tratar de incorporarme, mis huesos crujieron.

Eché a andar lentamente y entré en un cuarto de baño. Apoyé las manos en la piletta y me miré en el espejo. Aquellos canallas me habían dejado bien señalado. Tenía negros hematomas junto a las sienes, en el pómulo y en el labio superior.

Me desnudé y quité los vendajes. Tomé una ducha caliente y otra fría. Luego me vestí otra vez con el pijama, entré en la habitación y cerré con llave por dentro. Abrí un armario y vi mis ropas destrozadas, pero justamente en una percha, había un traje, e imaginé que Wilma me lo había traído. También había ropa interior, una camisa y zapatos. Me lo puse todo, incluida una corbata de color gris.

De pronto, eché algo de menos, mi valija. Naturalmente, los gorilas se habían apoderado de ella, lo mismo que de mi cartera con documentos personales antes de colocarme en el coche para que emprendiese mi último viaje.

Puse la cartera de Rock O'Mara en el bolsillo interior de la chaqueta, y al registrar en el otro bolsillo, encontré un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos. Encendí un cigarrillo y me puse a

andar por la habitación para entrenar mis piernas. De pronto intentaron abrir desde fuera y me acerqué a la puerta e hice girar la llave.

Era otra vez ella, Wilma. Se sorprendió al verme ya vestido.

Ahora supe realmente lo alta que era. Me llegaba a la barbilla y yo mido casi uno noventa, pero todo en ella era proporcionado.

CAPÍTULO IV

SE dio cuenta de que la estaba observando y dije:

—¿Vamos ya, Rock?

—Sí, vamos ya.

Bajamos en el ascensor y al llegar abajo, ella dijo:

—Me ocupé de todos los trámites. No hace falta que te acerques al registro.

—Gracias, Wilma.

Me dirigió una mirada, quizá para agradecerme que no la llamase nena.

Tony Harwood estaba sentado en un sillón del vestíbulo y se levantó como impulsado por resortes metálicos viniendo hacia nosotros rápidamente. Sonrió a Wilma y al desviar los ojos hacia mí se quedó muy serio.

Quise zaherirlo. El tipo no me gustaba.

—Gracias por todo, Harwood. Hasta la vista.

—Voy a ir con vosotros —dijo con voz ronca.

—No nos haces falta —repuse.

—No eres tú quien decide ahora, Rock.

Miré a Wilma.

—Dile que se largue. No quiero verlo.

Wilma vaciló unos instantes y finalmente dijo:

—Está bien, Tony, será mejor que no vengas.

—¿Qué significa esto? ¿Es que vas a empezar otra vez con él?

—Por favor, Tony, vete a casa y ya te llamaré.

Apretó los labios dirigiéndome una mirada cargada de odio.

—De acuerdo, Wilma. Estaré esperando tu llamada.

“Mentón Hendido” sacudió la cabeza, dio media vuelta y empezó a alejarse de nosotros.

Sonreí a Wilma mientras le apretaba una mano.

—Gracias, querida.

Ella retiró su diestra como si le hubiese transmitido una corriente de alto voltaje.

Nos miramos fijamente a los ojos y luego dijo:

—Tengo el coche fuera.

Eché a andar y fui tras ella. El coche era un “Buick”, descapotable, color crema.

Ella dio la vuelta por la parte del motor y se sentó al volante. Me puse a su lado y poco después, el coche se deslizaba por una carretera flanqueada de árboles.

Guardamos silencio durante el viaje, en el que invertimos unos quince minutos. Dejamos atrás una gran puerta de hierro y penetramos en un jardín. El “Buick” corrió recto por un sendero de grava. A través del parabrisas vi la casa al fondo. Era enorme, con dos grandes columnas en el centro y una larga escalinata que conducía al porche.

Un hombre viejo descendió rápidamente saliendo a nuestro encuentro. Cuando el coche se detuvo me dedicó una sonrisa. Estaba por los cincuenta años de edad y tenía el cabello blanco.

—¿Cómo está, señorito Rock?

Vi reflejados en sus ojos la sinceridad y eso me gustó. Yo le estaba sonriendo sin acertar a decirle palabra y de pronto, dijo Wilma por detrás de mí:

—Anda, Paul, lleva el coche al garaje.

—Sí, señora O'Mara.

La pelirroja no se detuvo, sino que ascendió rápidamente por la escalera. Descendí fuera y alargué la mano al criado.

—Yo también celebro verte, Paul.

—Quiero que sepa que lo he echado mucho de menos, señorito Rock.

—Gracias, Paul —le palmeé en la espalda y luego inspiré profundamente, mirando hacia el jardín—. Es bueno sentirse en casa —le dirigí otra sonrisa y eché a andar hacia arriba.

La puerta estaba abierta y penetré en un gran vestíbulo. Al fondo había una escalera que conducía al piso superior. Una gran araña pendía del tocho. Vi un par de armaduras junto a una puerta.

De las paredes colgaban cuadros, algunos de los cuales debían de tener centenares de años encima. Una de las puertas, la de la izquierda, estaba abierta. Oí unos pasos y vi aparecer a Wilma con un vaso en la mano.

—¿No vienes, Rock?

Tenía muchas ganas de ir, pero era oportuno poner una excusa.

—Estoy muy cansado.

—Creo que lo podrás resistir. Te he preparado un whisky.

—Luego, más tarde.

—He de hablar contigo y me gustaría que no lo demorases.

—Está bien, Wilma —asentí exhalando un suspiro.

Eché a andar y ella entró en la habitación. Yo también lo hice y cerré a mis espaldas.

Las paredes estaban cubiertas por estanterías de libros y junto a la ventana, había una gran mesa de roble.

Wilma estaba en el centro de la habitación y me tendió el vaso de whisky. Se lo tomé y bebí un trago. Luego ella se sentó en un sillón y cruzó las piernas.

Su falda se elevó hasta las rodillas y por debajo de ella mostró su combinación roja.

Bebí otro trago, lo necesitaba. Sabía que la pelirroja estaba dispuesta a hacerme pasar una dura prueba.

—¿Por qué has vuelto, Rock?

Después de todo, era la pregunta que esperaba.

—Uno siente nostalgia —dije acercándome a la ventana, porque no quería que me viese el rostro.

Hubo un silencio.

—¿Nostalgia de mí, Rock? —preguntó.

Giré la cabeza y la vi observándome. Sonreí.

—Desde luego. ¿Qué otra cosa podía ser?

Volví a mirar al jardín y así transcurrió un minuto. Oí su voz.

—Supongo que habrás recibido la visita de Jasper, mientras estaba ausente del hospital.

—Sí, vino a verme.

—Naturalmente, te habrá hecho un balance.

—Muy por encima.

—¿Te habló de mí?

—Sí, también me habló de ti. Me dijo que estabas dispuesta a divorciarte.

—Estoy dispuesta a divorciarme —me corrigió.

—¿Por qué, Wilma? —la miré otra vez.

Infiernos, sus ojos eran los más grandes que yo había visto en una cara femenina. Me pregunté si aquella mujer tendría algún defecto.

—Nos conviene a los dos, Rock —contestó.

—¿Tú crees?

—Cada uno de nosotros podrá emprender una nueva vida —hizo una pausa—. Y yo creo que eso es lo más importante.

—Tony Harwood, ¿eh?

—Sí, Tony Harwood.

—No me gusta ese tipo.

—Nunca te gustó. ¿O es que lo has olvidado?

Contemplé el whisky que había en el vaso y lo hice desaparecer de un trago.

Ella prosiguió hablando.

—Siempre odiaste a cualquier hombre que se me acercase. He de confesar que te contenías mucho, que eras respetuoso y que tratabas de comportarte amablemente con todos, pero tus celos siempre me han resultado insoportables.

La miré.

—¿Y no te has preguntado a qué ha podido ser debido?

—Me lo has repetido muchas veces. Era tu amor por mí, solo me querías para ti.

—¿No es lógico en un marido?

—No, lo tuyo no os lógico. Te excedías. Siempre te he sido fiel, he procurado comportarme correctamente con todo el mundo y es lo que tú no has comprendido.

—Bueno, es posible que ahora, después de este año de ausencia, te reserve una sorpresa.

—¿Qué sorpresa, Rock?

—La de que sea otro hombre distinto al Rock O' Mara que tú conociste.

—No, Rock. Eso ya lo dijiste otras veces.

—Espero que te des cuenta de que las circunstancias no son las mismas, Wilma.

—¿Quieres hacerme creer que te separaste de mí voluntariamente para cambiar, Rock?

—Quizá fue eso.

—Invertiste demasiado tiempo. Ahora entre tú y yo no existe nada. Prefiero ser sincera contigo.

Sacudí la cabeza.

—¿Acaso hubo alguna vez algo, Wilma? Y naturalmente, me refiero a lo que pudieras sentir por mí.

—Es preferible no andarnos con rodeos, Rock.

—Muy bien, fuera máscaras.

—Me casé contigo por tu dinero. Fue el trato y te prometí ser una esposa digna.

—Una magnífica promesa.

—Cumplí mi parte, Rock.

—Pero yo no la mía.

—No, Rock. No la cumpliste. En los últimos tiempos te convertiste en un tormento para mí y llegué incluso a pensar que te gustaba.

—Rock, el verdugo.

—No seas sarcástico.

Levanté la mano como si fuese a jurar ante un tribunal.

—No lo seré. Adelante.

—Ya hay muy poco que hablar. Ahora que estás aquí quiero que hagamos las cosas bien hechas. Pediré el divorcio y te ruego que no te opongas a su concesión.

—Parece que estás muy convencida de que vas a encontrar la felicidad.

—Sí, Rock. Estoy convencida.

Dejé transcurrir unos segundos. Ella trató de estirarse la falda hacia abajo, pero no lo consiguió. Era demasiado ceñida.

—De acuerdo, Wilma. Voy a consentir el divorcio.

—Gracias —dijo ella y se levantó dando por terminada la entrevista.

—¡Espera, Wilma!

Había echado a andar y volvió la cabeza. Su busto era prieto, erguido.

—¿Qué, Rock?

—Quiero imponer una condición.

Enarcó las cejas.

—¿Qué es eso de una condición?

—¿Cuándo vas a interponer la demanda?

—Mañana. Ahora mismo me marcharé de aquí. Tomaré una habitación en el “Hotel Galbor”.

—Es esa la condición, que me concedas una semana.

—¿Para qué?

Encogí un hombro mientras hacía chasquear la lengua.

—Quisiera que lo pensases mejor. Si dentro de ocho días continúas decidida, no tendré ningún inconveniente en pedir a Jasper que acelere todos los trámites.

—Pierdes el tiempo, Rock. Voy a pensar lo mismo dentro de ocho días que ahora.

—Da igual. Concédemelos.

Vaciló unos instantes.

—Está bien, Rock, pero yo también te voy a poner una condición a ti.

—¿Cuál es?

—Nosotros no somos marido y mujer.

La situación era graciosa. Sabía lo que quería decir con ello.

—Muy bien —dije—. No tienes que preocuparte por eso, Wilma. Tú y yo seremos solamente como dos amigos.

—Espero que te des cuenta.

—Sí, creo que Sí.

Se humedeció los labios con la lengua.

—¿Te quedarás aquí, Rock?

—Sí, me quedaré, puesto que tú te vas al “Hotel Galbor”. A menos que prefieras ser tú la que se quede.

Me miró durante un rato, fijamente a los ojos, y luego dijo:

—Hasta la vista, Rock.

Hizo un saludo con la cabeza y seguidamente salió de la

habitación.

Cuando el eco de sus pisadas se extinguió a lo lejos, me serví una buena ración de whisky, ocupé un sillón con el vaso en la mano y púseme a pensar en aquel condenado lío.

De pronto, el teléfono empezó a repiquetear. Fui hacia la mesa, pero me quedé quieto, observando el auricular como si se tratase de un bicho extraño. El timbre seguía sonando.

—¿Quién llama? —pregunté.

—Hola, comediante —dijo una voz bronca.

—¿Con quién hablo? —repetí.

—¿Cuál es su propósito, señor Larkin?

—A mí me gustaría conocer los de ustedes.

—Tengo autorización para hacerle una oferta, señor Larkin.

—¿Sí?

—Solo tiene que marcharse, que desaparecer, y los diez mil dólares que tiene en Nueva York en su cuenta son suyos.

Solté una risita por el cable.

—Creo adivinar sus pensamientos, amigos. No me quieren ver vivo por aquí. Si yo acepto su combinación, apuesto a que me liquidan antes de llegar a Nueva York.

—¿Por qué habíamos de hacer eso?

—Es la mar de sencillo. Ustedes necesitan que Rock O'Mara esté muerto.

—Pero usted es Gregory Larkin.

—No, compadre. Yo ahora soy para todos, Rock O'Mara.

—Vamos, señor Larkin, no sea chiquillo... lo que se le propone es razonable... Ha pasado por una amarga experiencia, pero por fortuna, ahora todo eso queda muy lejos. ¿Se da cuenta? Regresará a Nueva York, volverá a su despacho, a ver a sus amigos... Y por añadidura, tiene diez mil dólares conque ayer no contaba... Infiernos, a mí me gustaría hacer esa clase de negocio.

—Yo haré el mío, quedándome.

—No habla en serio, Larkin.

—Quiero echar mano a los tipos que me dieron la bienvenida al llegar a Lincoln.

—Eso puede ser peligroso.

—Es un buen chiste teniendo en cuenta que intentaron

liquidarme apenas puse los pies aquí.

—Cierta persona ha comprendido que hizo mal y ahora está dispuesta a rectificar.

—Pues transmítale mi respuesta. No me iré a Nueva York. Seguiré aquí en Lincoln.

—Muy bien, Larkin. Comunicaré su decisión y quizá me ponga en contacto otra vez con usted para cambiar unas palabras.

—Como quiera.

—Ah, y una advertencia... Sería inútil que tratase de controlar mis llamadas. Siempre las hago desde un teléfono distinto.

A continuación, colgó.

En aquel instante, oí el motor de un coche. Fui a una ventana y aparté las cortinas. Wilma se marchaba en su “Buick”. Cuando hubo desaparecido por el camino de grava, me volví y vi al viejo Paul que se había colado sin llamar a la puerta.

—Perdón, señorito Rock. ¿Va a comer algo?

—No me vendrá mal —contesté.

—Le prepararé un poco de pollo como a usted le gusta.

Me condujo al comedor y atacó un plato de pollo en salsa, con abundantes patatas.

Paul escancié vino y fue a retirarse. Le hablé rápidamente.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí, Paul?

—No tan bien como si usted hubiese estado, señor.

—Háblame de mi esposa.

—No le comprendo, señorito Rock.

—Quisiera saber cómo encajó mi ausencia.

El viejo criado tosió suavemente.

—Durante los primeros meses, la señora apenas salió de casa. Tengo la impresión de que siempre estaba esperando noticias de usted.

—Vaya, es un consuelo.

—Pero luego...

—Las cosas cambiaron, ¿eh, Paul?

—Sí, señorito Rock.

—¿Con quién salió ella con más frecuencia?

—Con el señor Harwood.

—¿Alguien más?

—Su primo Charles también se dejó ver alguna vez por aquí. Casi siempre que venía, invitaba a la señora a cenar fuera.

—¿Algún otro?

—Bueno, también vino el señor Jasper, pero siempre se marchó solo. Ya no hubo más visitantes.

—Gracias, Paul.

Hizo un gesto para retirarse, pero de pronto se detuvo.

—Perdone, señorito Rock. Quizá no sea de mi incumbencia, pero desearía que las cosas entre usted y la señora, fuesen bien.

Meneé la cabeza, mientras me ponía en pie.

—Si van mal no será culpa mía —le sonreí, benévola—. Y ahora quisiera descansar un poco. ¿Está lista mi habitación?

Dijo que lo estaba y me precedió hacia el piso alto. Eso fue una suerte para mí, porque yo no sabía cuál era la habitación que correspondía a Rock O'Mara, aunque hubiese deducido que él tendría una independiente.

Cuando me encontré a solas en el dormitorio, me puse a examinarlo todo atentamente. Solo encontré una cosa que me fuese de provecho. Una pistola “Smith y Wesson”, calibre treinta y dos. Estaba guardada, junto con un par de cargadores, en una vieja caja de sombreros. Se conservaba bien, porque había sido bien engrasada la última vez que se dejó allí. Por lo demás, no hallé nada que me pudiese servir como pista.

Dejé la pistola en condiciones de ser utilizada y decidí dormir un rato, pero antes de echarme sobre la cama, me cercioré de que todas las ventanas y la puerta de acceso a la habitación, quedaban bien cerradas.

CAPÍTULO V

DESPERTÉ con la extraña sensación de que había alguien en el cuarto.

Justamente allí estaba, a los pies de la cama. Era un tipo de unos treinta y cinco años de edad, alto, rubio, de rostro bien parecido y cuerpo atlético. Sus ojos verdosos brillaban mucho. Me estaba mirando con la cabeza ladeada. Su mano derecha se ocultaba en el bolsillo de la chaqueta y esta abultaba mucho.

Rápidamente, metí la mano debajo de la almohada, pero no encontré la pistola donde yo la había colocado.

El tipo se echó a reír.

—¿Acaso buscas esto?

Sacó la diestra del bolsillo y exhibió la “Smith y Wesson”.

Solté una maldición para mis adentros. Debía haber pensado que aquella gentuza no se detendría ante una puerta cerrada con llave.

Dio unos nasos en torno a la cama y acercóse a la cabecera.

—Se me ocurrió un buen número —dijo—. Estabas durmiendo muy tranquilamente y pensé que te haría un favor enviándote al otro mundo —jugueteó con la pistola—. Habría bastado con que apoyase el cañón en tu cabeza, para levantarte la tapa de los sesos.



—Pensé que te haría un favor matándote

—¿Y después? —pregunté.

—Bah, suicidio...

—La policía no lo habría admitido.

—¿Por qué no? Tu mujer te ha abandonado y todo el mundo sabe cuánto la quieres. ¿O es que ya no estás enamorado de ella, primo Rock?

Me quedé mirándolo a la cara. Así que aquel era el famoso primo Charles, el mismo que trató de demostrar que el cadáver

aparecido en La Joya, era el de Rock O'Mara.

Él me estaba observando escrutadoramente.

—Wilma tiene razón. Has cambiado, Rock.

—Un poco.

—Yo diría que mucho.

Hubo un silencio y luego, Charles me arrojó la pistola sobre el estómago.

—Nunca me han gustado las armas de fuego.

Fue hacia la ventana y se sentó en un sillón.

—Siempre dije que eras un tipo de suerte, Rock.

—¿Tú crees?

—Ese taxi quedó hecho pedazos y el conductor se fue al infierno, pero tú te libraste.

—¿Te habría gustado mucho que yo desapareciese?

—Eso habría solucionado las cosas para mí. Me han retirado el crédito en todas partes. Todo el mundo huye de mí como de un apestado. Imagínate. Contigo muerto, yo hubiese tenido la administración de tus bienes. Tú mismo lo decidiste en el testamento... Y ahora, como es lógico, lo modificarás. He perdido mi gran oportunidad. No doy una a derechas.

—Al menos eres sincero.

—¿Cuándo he dejado de serlo? —me miró con una sonrisa irónica.

—Eso me pregunto yo. ¿Quién me dice que no organizaste tú la recepción?

Arrugó el entrecejo.

—¿Te refieres al accidente?

—¿A qué, si no?

Se masajeó el mentón.

—Espera a ver si lo comprendo... ¿Quieres decir que todo eso que te ha ocurrido fue intencionado? —hizo una pausa y soltó una carcajada—. Infiernos, hay alguien que está a mi favor.

—No me vas a convencer, primo Charles —dije y saltó de la cama, encaminándome al cuarto de baño.

Me puse bajo la alcahofa, y di vuelta a la llave del agua fría.

Charles llegó por el hueco de la puerta y se apoyó en la jamba.

Había encendido un cigarrillo. Mientras arrojaba una bocanada de humo, inquirió:

—¿Se lo dijiste a los de la poli, Rock?

—No.

—¿Por qué? Tú siempre has sido un hombre respetuoso de las leyes, un tipo metódico.

—Pensé que se reirían de mí —hice una pausa—, y, por otra parte, me gustaría echarle mano a la persona que desea tan fervientemente mi eliminación.

—Bueno, yo soy una de ellas. Pero me arrepiento soberanamente de no haber pensado en organizar una buena llegada. Te juro que no habría fallado.

Salí del baño y me friccioné fuertemente con una toalla.

—Tengo una idea, Rock —dijo.

—Me temo que no me interesa oíría.

—Aquí nadie te quiere, muchacho. Solo ese viejo criado. ¿Por qué no te largas antes de que lo intenten por segunda vez?

—Y supongo que debo nombrarte administrador de todos mis bienes.

—Sería estupendo para mí. Nada de quebraderos de cabeza. Hice un estudio acerca de todos tus negocios. Puedo garantizarte una renta de veinte mil dólares al año. Naturalmente, las recibirás en el punto que elijas para vivir. Eso tendría grandes ventajas para ti. Wilma, una vez concedido el divorcio, se podría casar y ser feliz con Tony Harwood. Yo también lo sería trabajando en algo provechoso, y tú dejarías de molestar a los que te odian.

—¿Ya has terminado?

—Ajá.

—Muy bien. Escucha mi respuesta, primo Charles. Por el momento, pienso continuar en Lincoln.

—Suponía que mis palabras no servirían para convencerte sonrió—, pero no perdía nada con hacerte la propuesta.

Pasé por su lado y regresé al dormitorio. Comencé a vestirme y Charles ocupó de nuevo el sillón junto a la ventana.

—Muy bien, Rock. Supongo que podré pedirte un favor.

—¿Dinero?

—Tratándose de mí, no podría ser otra cosa.

—Lo siento, pero no puedo darte nada.

—Solo se trata de cinco mil dólares.

—¿Solo? —dije, mirándole.

Al sonreír se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. Era un fulano la mar de agradable, simpático.

—¿Qué son cinco mil dólares para Rock O'Mara?

Me puse los zapatos.

—¿Qué clase de apuro es el tuyo, Charles?

—Se los debo a Sperry Appleton, ya sabes, una deuda de juego. Tuve la mala idea de pagarle con un cheque para él, que no tenía fondos. Me dio un plazo de tres días. Justamente expira hoy, a las doce de la noche.

Di un suspiro mientras me ponía en pie.

—No puedo hacer nada por ti, Charles.

Ya había dejado de sonreír. En sus ojos leí el intenso odio que sentía por Rock O'Mara.

—¿Me vas a dejar en la estacada, Rock?

Fui a la cama y alcancé la pistola poniéndomela en el bolsillo interior de la chaqueta. Giré hacia él y dije:

—He de marcharme, Charles. Ya te veré en otra oportunidad.

Se levantó y volvió a sonreír.

—¿Dónde vas?

—A la ciudad.

—Muy bien. Traje mi coche. Te llevaré en él.

Traté de adivinar en su rostro cuál era su intención. Pero ahora parecía un buen muchacho.

Salimos de la casa y ocupé el lugar junto a él, en el asiento delantero de un "Ford", modelo de dos años atrás.

Cuando ya corríamos por la carretera, preguntó:

—¿Cambiarás el testamento, Rock?

—No.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿En serio, Rock?

—Tienes mi palabra de que seguirás siendo el administrador de Rock O'Mara para cuando él muera.

—Diablos, eso es una tentación —rio.

Llegamos a la ciudad y yo dije:

—Déjame en el despacho de Jasper.

Detuvo el coche junto al bordillo de la acera y yo salté fuera cerrando la portezuela. Hice a Charles una señal de despedida y él dijo:

—Fue magnífico el encuentro, primo Rock. Inolvidable.

Sin dejar de reír se apartó del bordillo y alejóse rápidamente de aquel lugar.

Di media vuelta y me encontré ante un edificio de moderna construcción. A la derecha, junto a la puerta, vi entre otras muchas, una placa dorada, sobre la que destacaba el nombre de Austin Jasper. Eché a andar y justamente en ese instante, sonó un pequeño crujido. Fue como si un cristal se rompiese. Los peatones siguieron circulando y yo continué mi camino hacia la puerta, a la que me encaminaba, pero de pronto, una garganta femenina lanzó un grito.

Un poco más arriba, a la izquierda, había un escaparate correspondiente a una librería y aquel era el lugar desde donde había gritado la mujer, una rubia muy llamativa que tenía las manos en la cara, mirando hacia un punto del escaparate, situado un poco más arriba de su cabeza.

Rápidamente me acerqué a ella y supe el motivo de su alarma. El escaparate aparecía astillado a partir de un agujero, justamente por donde había entrado una bala.

Me volví para mirar a la calzada, aunque sabía cuán inútil resultaba eso ahora. Un río de coches transitaba en las dos direcciones. Otros peatones empezaron a detenerse para observar el fenómeno y yo estaba de sobra allí.

Subí en un ascensor a la tercera planta, donde se ubicaban las oficinas de Austin Jasper.

Empujé una puerta y me colé en una amplia habitación, donde trabajaban tres dactilógrafas. La más bonita, una pelirroja de busto muy pujante, interrumpió su trabajo a la máquina y enarcó las cejas, mirándome. Le di mi nombre y expresé mi deseo de ver al señor Jasper.

Traspuso una puerta que había al fondo, y al poco rato regresó.

—El señor Jasper lo espera, señor O'Mara.

Encontré al abogado tras una mesa llena de papeles. Hizo un

gesto para levantarse, pero enseguida se dejó caer en su sillón giratorio, mientras sonreía.

—Pensé que no tendrías ganas de salir de tu casa en unos cuantos días, Rock.

—Hay alguien que no ha creído lo mismo que tú.

—¿Quién?

—Él tipo que me acaba de balear en la calle.

Hizo una mueca sin dejar de mirarme.

—No lo puedo creer, Rock.

—Todavía estás a tiempo de comprobarlo. Arruinaron el escaparate de la librería.

—Infiernos, llamaré ahora mismo a la policía.

Alargó la mano para coger el teléfono y de pronto se interrumpió, mientras levantaba los ojos, observándome otra vez.

—Entonces, el accidente del taxi... —murmuró interrumpiéndose.

—No fue tal accidente.

Se quedó con la boca abierta, y yo me pregunté si no estaría dando una representación.

—Infiernos, Rock. ¿Por qué no se lo contaste al teniente Pantón?... Es un policía eficiente y honrado a carta cabal.

Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—¿A quién le interesa que yo muera, Jasper?

Miró otra vez el teléfono como si vacilase en cogerlo. Finalmente, se echó atrás sobre el sillón, abandonando su idea de establecer comunicación con la policía.

—Que yo sepa, solo cuenta tu primo Charles.

—Yo podría añadir alguien más a la lista. Tienes por ejemplo, a Tony Harwood. Mi regreso ha supuesto para él la posibilidad de que Wilma y yo lleguemos a un acuerdo.

—Sí, es posible, pero no creo que Tony sea capaz de matarte para lograr su deseo. Después de todo, Wilma sigue decidida a divorciarse de ti. Hace apenas una hora hablé con ella por teléfono. Me explicó el compromiso que había adquirido contigo para demorar la interposición de la demanda durante ocho días —meneó la cabeza—. No creo que Tony Harwood se haya decidido a correr un riesgo tan grave, teniendo aparentemente, la victoria a su

alcance.

Hubo un silencio y luego pregunté:

—¿Tienes por ahí mi testamento, Jasper?

—Desde luego.

—Quisiera echarle un vistazo.

Se echó a reír.

—Tú mismo lo dictaste, Rock. No creo que se te haya olvidado.

—No he pensado mucho en esas cosas durante el último año, y me gustaría comprobar que no he echado nada al olvido.

Permanecimos un rato mirándonos a los ojos, y finalmente, Jasper se levantó y abrió una caja fuerte que había en la pared. Sacó unos legajos y de estos apartó uno que me alargó por encima de la mesa.

Me fui hacia la ventana y di las espaldas a Jasper, ensimismándome en la lectura del testamento de Rock O'Mara, el hombre a quien yo estaba suplantando.

O'Mara dejaba todos sus bienes a su mujer, siempre y cuando en el momento del óbito, ella fuese su esposa legal, pero, la administración de sus bienes, recaería sobre Charles Morley. En conjunto, la fortuna de O'Mara, se evaluaba en unos treinta millones de dólares. Así, pues, la muerte de Rock O'Mara, beneficiaba por igual a Wilma y a Charles, pero resultaba que uno de los beneficiarios, precisamente Wilma, insistía en renunciar a su parte, desde el momento en que quería seguir adelante con el divorcio. Había una cláusula especial. En caso de ausencia de Rock O'Mara, la administración de todos sus bienes, recaería en la persona de Austin Jasper. El documento no tenía tacha. Era perfectamente legal. También O'Mara, hacía algunos legados. Citaba a un par de personas que yo no conocía y al viejo Paul, al que dejaba una pensión de diez mil dólares.

Devolví el legajo a Jasper, que lo guardó otra vez en la caja fuerte.

Luego se volvió sonriendo, mientras decía:

—Supongo que no seré un sospechoso para ti. Solo podría beneficiarme mientras tú estés vivo. En cuanto mueras, dejo de ser el administrador... ¿Quieres leer también los poderes de mi nombramiento?

—No es necesario —dije, y encendí otro cigarrillo. Jasper volvió a ocupar su sillón giratorio.

—No tienes otro camino que el de la policía, Rock. ¿Quieres llamar tú mismo?

Negué con la cabeza.

—No, Jasper. No voy a hacer tal cosa.

—¿Puedo saber por qué?

—Estoy seguro de que si la policía interviene, abandonarán toda idea de matarme.

—¿No es eso lo mejor para ti?

Me dije para mis adentros, que eso indudablemente era lo mejor para mí, más tal medida, equivaldría a una renuncia por mi parte, a esclarecer aquel misterioso caso que giraba alrededor de un hombre, Rock O'Mara, desaparecido un año antes.

—Esperaré un poco, Jasper —dije—. Quizá mi presunto asesino cometa algún error que me permita echarle mano.

—Eso es jugar con fuego, Rock, y como abogado tuyo, me permito aconsejarte que no lo hagas.

—Gracias, Jasper, pero seguiré adelante.

Me encaminé hacia la puerta y antes de abrirla, volví la cabeza.

—¿Conoces a Elder Weston, Jasper?

—¿Elder Weston? —repitió—. No. Estoy seguro de que es la primera vez en mi vida que oigo ese nombre.

Abandoné su despacho dejándolo sumido en profundas reflexiones.

Salí a la calle, pero esta vez no me recibieron con tiros. Caminé por la acera y cuando encontré un policía, pregunté por la ubicación del Banco Comercial. Casualmente, estaba un par de manzanas más arriba.

Entré en el establecimiento y un empleado calvo saltó de detrás de su mesa y vino a mi encuentro destilando miel.

—No sabe cuánto celebramos verle de nuevo, señor O'Mara.

—Yo también celebro verlo a usted, señor...

—Carl Lade... Es lógico que usted no se acuerde de mí —se acarició las manos como si temiese hacerse daño en la piel—. Cuando usted se marchó de Lincoln, yo solo era uno más en el Banco Comercial. Ahora me han destinado para el trabajo único y

exclusivo con ciertas firmas, entre ellas la suya, señor O'Mara, y permítame que le diga que es un honor.

Me repelía tanta untuosidad, pero quizá pudiese sacar dividendos de aquel individuo.

—Oiga, Lade —dije, poniéndole un brazo por encima de los hombros, lo cual colmó todas sus esperanzas—. Tengo algo importante que preguntarle.

—Dígame, señor O'Mara —murmuró en voz baja, mirando por el rabillo del ojo a un lado y a otro para cerciorarse de que era observado por sus compañeros.

—Quisiera que me informase acerca de un tal Elder Weston. Frunció el ceño.

—¿Elder Weston?... No me suena.

—Hace tres días hizo una transferencia de diez mil dólares al Banco Transcontinental de Nueva York. El dinero se giró a Gregory Larkin, un abogado de aquella localidad.

Me dijo que esperase y se metió en la jaula de los empleados. Lo vi ir de un sitio a otro durante un rato hablando con algunos compañeros. Finalmente regresó a mi lado.

—¿Sacó algo en claro, señor Lade? —pregunté.

—Uno de nuestros muchachos, James Bostock, atendió al señor Elder Weston. Era la primera vez que operaba con nosotros. Me he permitido pedir a Bostock, que me diese una descripción del señor Weston.

—Ha sido una idea magnífica —le aplaudí.

—Es un hombre de unos cuarenta años de edad, de estatura superior a la regular, unos ochenta kilos de peso, moreno, de ojos azules y mentón saliente. Se cubría con un traje oscuro.

—Gracias, señor Lade. Ha sido usted muy amable.

Dijo que estaba allí para servirme y cuando me tendió la mano para despedirse, tuve la sensación de que cogía entre mis dedos, el tentáculo de un pulpo.

Salí otra vez a la calle y me detuve para encender un cigarrillo. No; no había tenido muchas esperanzas en dar con Elder Weston, pero no me costaba nada probar. Tal como estaban las cosas, me tenía que agarrar a un clavo ardiendo.

Arrojé el fósforo lejos de mí e inconscientemente acompañé con

la mirada su caída. Un poco más allá se abrió la portezuela de un coche. Vi unos zapatos de tacones altos, blancos, con agujeritos, pero enseguida presté mi atención a las piernas que los embutían. Eran unas piernas maravillosas, de tobillo fino y pantorrillas torneadas. Mis ojos subieron hacia arriba y llegaron hasta la rodilla. Finalmente llegué al rostro. Era una cara muy bonita, de ojos azules muy grandes, rasgados y los labios eran rojos y se entreabrían en una sonrisa y entonces me di cuenta de que los ojos me miraban a mí y de que también la sonrisa me era dedicada.

CAPÍTULO VI

—HOLA, ROCK —dijo.

Bien; aquel era un nuevo incidente en el programa.

El incidente tenía cabello negro, partido en dos, corto, al estilo moderno.

Hice lo que cualquiera hubiese hecho, pero mientras me acercaba, observé al tipo que había junto al volante. Tenía la tez amarillenta y no supe si era debido a que estaba enfermo, o a que entre sus ascendientes había sangre india.

Me detuve y dije:

—Hola.

No podía añadir nada más. Al menos, de momento.

Entonces ella hizo algo muy bonito. Se deslizó en el asiento hacia el fondo, dejándome un lugar.

Me pregunté a qué conduciría aquello. Rock O'Mara era un tipo casado y precisamente lo estaba con una mujer fuera de serie, pero allí estaba aquella morena para hacerme olvidar a todas las demás hembras del mundo, incluida la hermosa Wilma.

Me colé dentro. Ella me seguía observando. No tendría más de veinticinco años de edad.

—Adelante, Barton —dijo.

Barton puso en marcha el coche y este se deslizó por el pavimento, sumergiéndose en el tráfico.

No tenía que hacer otra cosa que esperar. Ella tendría que hacer el gasto de la conversación.

—Esperé tu llamada, Rock —dijo.

—Estuve muy ocupado —repuse.

—¿Con tu mujer?

Tuvo una forma especial de decirlo, sonriendo irónica, lo cual

quería decir que estaba al corriente de que el matrimonio O'Mara, no era precisamente un modelo de felicidad conyugal.

—Ya sabes —dije, haciendo un gesto ambiguo con la mano—. Mi regreso ha sido, digamos un poco fuera de lo común.

—Si me hubieses anunciado tu llegada, yo misma habría acudido al aeropuerto para recibirte, y te habrías evitado ese accidente.

Sonreí para mis adentros, apostando a que los dos esbirros que me esperaban en el camino vecinal, no hubiesen renunciado a su plan, de haber encontrado a mi lado una linda dama.

Alargó su mano y cogió la mía entre las suyas. Su piel era suave y tersa y me agradó su tibieza.

—Te eché de menos, Rock.

—Y yo a ti.

—Eres un embustero —hizo un mohín.

—Te aseguro que es cierto.

—No puedo creerte. Te marchaste sin decírmelo y siquiera en todo un año has sido capaz de ponerte en contacto conmigo.

Había creído que para Rock O'Mara solo existía su mujer, pero ahora sabía cuán equivocado estaba.

—¿Dónde estuviste, Rock? —preguntó.

—Nueva York, Chicago, San Francisco...

—Eres un ingrato. Debiste llevarme contigo. Durante todo este tiempo me he aburrido mortalmente.

—Lo siento —dije.

Me dedicó una sonrisa.

—Ahora van a cambiar las cosas ¿ch, Rock?

—Quizá.

—¿Qué es eso de quizá? —su ceño se arrugó, pero aun así siguió siendo bonita—. ¿Es que Wilma ha cambiado de opinión?

—No. Está decidida a divorciarse.

—Oh, Rock, eso es maravilloso.

El coche se detuvo junto al bordillo de la acera.

—¿Por qué paramos? —pregunté.

—Hice reservar una mesa en el "Sorrento".

Miré por la ventanilla. Efectivamente allá, a la derecha, había

un restaurante de ese nombre. Parecía de los caros.

Descendimos del coche y ella se dirigió a “Piel Amarilla”.

—No es necesario que esperes, Barton.

El tipo dio la conformidad y se largó con su “Ford”.

Entramos en el local. Había media docena de mesas ocupadas. Un mozo se inclinó ceremoniosamente y nos condujo a una mesa del fondo.

Nos sentamos frente a frente.

Mi desconocida acompañante hizo el pedido. No se anduvo por las ramas. Martinis para empezar, langosta y piña. Estaba metido en gasto y pedí lo mismo.

—¿Sabes una cosa, Rock? —dijo mirándome fijamente.

—¿El qué?

—Estás muy guapo.

—Gracias.

—Y me pareces... incluso más hombre.

—No me habrás traído aquí para decirme todo eso.

—No, es algo más importante.

—Muy bien. Oigámoslo.

Abrió su bolso negro y sacó un sobre.

—Aquí dentro hay dos billetes para Las Vegas, Rock.

—¿Vas a emprender un viaje?

—Sí. Uno de ellos está a nombre de Sally Hollister y el otro es para Rock O'Mara.

Sally Hollister. Ese era su nombre. Y quería llevarme a Las Vegas.

Le sonreí.

—No puedo abandonar a Lincoln, Sally.

—¿Por qué, Rock? No te comprendo.

—¿Necesito recordarte que he estado un año ausente? Hay muchas cosas que requieren mi presencia.

—Esto resulta chistoso.

—¿Por qué?

—Nunca te ocupaste de nada, ni siquiera de tus negocios.

—Bueno —sonreí débilmente—. Es posible que ya sea hora de que empiece a trabajar.

—Oh, Rock, he hecho tantos planes para nosotros... —me cogió otra vez la mano por encima de la mesa y sus ojos me hicieron un ruego—. Tú y yo... ¿Lo comprendes, Rock? ¿Para qué esperar más?... Quiero ser tu mujer. Esta misma noche podemos llegar a Las Vegas. Según me han dicho, con un poco de dinero se puede arreglar para que nos casen inmediatamente.

—Me temo que tendrás que devolver esos billetes —dije.

Por unos instantes en sus pupilas hubo un fuego de ira.

—¿Es que me rechazas, Rock?

—No, nena. ¿Qué hombre te podría rechazar?... Solo se trata de una demora.

—Comprendo. Es Wilma... Otra vez te has sentido atraído por ella.

—No.

—¿Qué otra cosa puede ser?

Encogí un hombro.

—Asuntos privados, querida.

—Nunca tuviste secretos para mí, Rock.

—Se trata de números, de cifras, algo muy prosaico para que tú y yo lo discutamos.

Guardó el sobre en el bolso y se puso en pie bruscamente.

—El avión parte a las diez, Rock.

—Será mejor que devuelvas los pasajes. Ya te he dicho que me quedo.

—Estoy segura de que lo pensarás mejor.

—Siento decírtelo, pero ya adopté mi decisión.

—Me encontrarás en el edificio Logan, apartamento doscientos veinticuatro.

—No iré.

—¿Qué es lo que encuentras bueno de pronto en este poblacho? Nunca te gustó, Rock.

—Creo que lo empiezo a encontrar interesante.

—No quería decírtelo, pero ya que tú lo quieres lo sabrás. Wilma no te ha sido fiel.

—Tonterías —dije para hacerle soltar la lengua.

—Te juro que es cierto.

Le sonreí.

—Ese Tony Harwood nunca me ha preocupado. Solo es un estúpido engreído.

—No se trata de Tony Harwood.

Si esperaba sorprenderme lo logró. La observé con las cejas enarcadas.

—¿Quién es, Sally?

—¿Qué importa un nombre?

—Quizá me decidiese a ir contigo, si las cosas estuviesen tan claras como tú las ves.

—Lo están.

—Solo para ti. ¿Quién es el tipo?

Mordióse el labio inferior y luego declaró:

—Sperry Appleton.

Dejó correr unos segundos y dijo:

—Pruebas.

Sonrió sarcásticamente.

—No me dedico a sacar fotografías comprometedoras de la gente. Adiós, Rock. Recuérdalo. Te estaré esperando en mi apartamento.

Dio media vuelta y cruzóse con el camarero que traía el servicio, el cual quedósele mirando, sorprendido.

De esa forma me encontré con una doble ración de langosta y otro lío.

Comí solo la porción de marisco que me correspondía y había empezado a dar cuenta de la piña, cuando oí una voz delante de mí.

—¿Cómo estás, Rock?

Levanté la mirada y me quedé observando a una joven de unos veintidós años de edad, rubia; de ojos muy claros, muy esbelta. Su rostro era angelical y juré que yo había soñado con ella sin conocerla.

—Perfectamente —dijo y me puse en pie.

Ella entoncesladeó la cabeza, mirándome.

—No me recuerdas, ¿verdad, Rock?

—Claro que sí —dijo sintiendo un vacío en el estómago.

Ella sonrió, negando con la cabeza.

—No, no me conoces, Rock. Soy Brigitte Sheridan.

—Brigitte —dije—. Santo cielo, ¿cómo quieres que no te recuerde? Después de todo, solo ha transcurrido un año.

—Ocho, Rock —dijo sin perder la sonrisa.

Tuve la sensación de que había pisado una piel de plátano.

—Soy una verdadera calamidad —sonreí vencido.

—Es lógico que no te acordases de mí. Cada vez que tratabas de acercarte a mi lado, yo echaba a correr...

Me quedé mirándola. Era distinta a Wilma y a Sally Hollister. Participaba de la hermosura de ellas, pero tenía un algo que Wilma y Sally jamás poseerían. Una cosa inexplicable, eso que muy de tarde en tarde, un hombre encuentra en una mujer.

Me di cuenta de que me seguía hablando.

—Te vi sentado y no he resistido a la tentación de acercarme.

—Diablos, voy a bendecir que hayas perdido la timidez.

—Celebro que lo del accidente no haya sido nada. Ahora tengo que marcharme.

—¿Por qué tanta prisa?

—Observé que no estabas solo.

—Oh, no te preocupes por eso. Ella no volverá.

Titubeó unos instantes, pero finalmente aceptó mi invitación y ocupó la silla que Sally había dejado abandonada.

—Háblame de tus cosas, Brigitte —le dije, pensando que ella era como una fresca brisa en aquel horno a que mis propios pasos me habían conducido.

—Solo estaré en Lincoln una semana.

—¿Cómo es eso?

—Para entonces expirará mi contrato... Bueno, será mejor que te lo explique. Soy vocalista y he venido contratada por quince días al club "Tres Palmeras", de Sperry Appleton.

Era la tercera vez que oía aquel nombre. Brigitte prosiguió:

—Cuando murieron mis padres me fui a vivir con un tío que vive en Baltimore. Allí fue dónde empecé a cantar. Es algo que siempre me gustó.

—¿Casada?

—No.

Hice una señal al mozo, y Brigitte pidió un whisky con soda. No quiso tomar nada más, a pesar de que yo insistí.

Permanecimos un rato en silencio. Mis ojos no se apartaban de su cara, pero ella rehuía mi mirada.

—¿Marcha algo mal, Rock? —preguntó de pronto.

—Supongo que habrás oído los chismes respecto a mis relaciones con mi mujer.

—Sí.

Pasé un dedo por el borde de la mesa.

—Y, naturalmente, sabrás también lo de Sperry Appleton.

—¿Qué quieres decir?

No, no lo sabía, pero después de todo Brigitte solo hacía una semana que trabajaba en el club “Tres Palmeras”, de Sperry.

—¿Conoces a Wilma?

—Sí, desde luego... La he visto alguna vez en el local.

—¿Quién la acompañaba?

Se mojó los labios con la lengua antes de contestar.

—Tony Harwood.

El mozo dejó el whisky sobre la mesa y Brigitte bebió un pequeño trago. Le ofrecí un cigarrillo, pero ella hizo un gesto negativo.

La introducción del nombre de Wilma en la conversación había creado entre los dos una atmósfera de frialdad. Brigitte se puso en pie.

—Tengo que dejarte, Rock. He de hacer unas compras antes de ir al club.

No traté de retenerla más y estreché su mano.

—No sabes cuánto me he alegrado de verle repuse, y jamás dije tanta verdad.

—Deseo que todo se te arregle, Rock.

Dio media vuelta y la vi alejarse. Resultaba atractiva en todas las dimensiones. Valía su peso en oro.

Tenía ya unos cuantos motivos para ir al club “Tres Palmeras” y a la lista añadí ahora uno más. Brigitte.

CAPÍTULO VII

EL tipo galoneado que había a la entrada no me prestó mucha atención cuando crucé la puerta hacia el jardín. A la izquierda, observé una pista de baile a cuyo alrededor había mesas. Algunas de ellas ya estaban ocupadas.

Una orquesta, integrada por seis músicos, interpretaba una dulzona melodía. Al fondo, estaba el edificio que constaba de dos pisos. Era una construcción moderna realizada con mucho gusto. A lo largo de la fachada inferior corría el bar. Delante del mostrador había taburetes fijos. Unos cuantos clientes sorbían sus bebidas reflexivamente.

De pronto reconocí a una de las parejas que había en las mesas. Eran Wilma y el guapetón de Tony Harwood.

Me dirigí hacia ellos, deteniéndome muy cerca de la joven.

—Buenas noches, Wilma.

Tony Harwood levantó la cabeza, como si le acabase de pisar un pie.

Wilma me obsequió con una fría mirada.

—Qué sorpresa, Rock... Creí que odiabas estos lugares.

—Uno siempre está a tiempo de cambiar —repuse, y aparté una silla para ocupar.

Tony saltó enseguida.

—Nadie le ha invitado. Rock.

No le presté atención mientras me sentaba.

Wilma se cubría con un vestido negro, muy escotado, que acreditaba palpablemente su hermosura, pero ahora me dio la impresión de que era un "iceberg".

—Estás maravillosa, querida —murmuré y ella siguió mirándome sin decir nada.

Fue Tony quien dio la respuesta:

—Oiga, Rock, tenga cuidado con lo que dice.

Sonreí a Wilma.

—¿Qué te parece, querida? Pretende que no requiebres a mi propia mujer.

Wilma me observó desde su trono.

—Confieso que eso resulta insólito en ti, Rock. Nunca pude imaginar que una ausencia de un año te pudiese transformar de tal forma.

—Estoy dispuesto a hacerte otras demostraciones.

—¿Como por ejemplo?...

Hice una señal con la cabeza hacia la orquesta.

—Bailemos, ¿quieres?

Tony golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡No lo consentiré!

Lo mire a los ojos.

—Escucha, aguafiestas, una nueva protesta y te pongo la mano encima.

A Tony le debió agradar mucho mis palabras, porque al instante se puso a sonreír.

—¿Una pelea, Rock?

—Yo no lo llamaría así.

Cerró y abrió el puño derecho mientras decía con jactancia:

—Al parecer olvida lo que ocurrió hace poco más de un año. En aquella ocasión lo tumbé al segundo puñetazo. Apuesto a que ahora lo hago al primero.

Wilma dejó oír su voz airada:

—Os prohíbo que peleéis.

Tony señaló a la joven, sin dejar de mirarme.

—Ya la ha oído a ella. Nada de peleas. Yo le diré lo que le conviene, Rock. Póngase en pie y empiece a mover las piernas.

—Es justamente lo que voy a hacer —dije.

Rio triunfalmente.

—Qué gran muchacho es usted, Rock.

Me enderecé cogiendo uno de los brazos desnudos de Wilma.

—¿Vamos, querida?

Tony Harwood empezó a enrojecer y sus labios se comprimieron en un gesto de ira. Wilma se levantó rápidamente.

—Muy bien, Rock. Solo será un baile.

—Como quieras, nena.

Tony se quedó a solas en la mesa.

Llegados a la pista, enlacé a Wilma por la cintura y nos pusimos a bailar.

Sí; la esposa de Rock O'Mara era una criatura prodigiosamente dotada por la Naturaleza. Aposté a que en su cuerpo no había una pulgada de grasa que estuviese de sobra. Daba la medida exacta y el peso justo.

Le hice la pregunta a quemarropa:

—¿Qué tienes que ver tú con Sperry Appleton?

Sentí cómo se estremecía entre mis brazos.

—No te comprendo. Rock —dijo hurtando su cara a mi mirada.

—No te hablé de ningún desconocido, nena. Se trata de Sperry Appleton, el dueño de este bochinche.

—Me gusta venir con frecuencia aquí porque es el único lugar de Lincoln que me resulta divertido.

—¿El lugar o el tipo?

—¿Qué es lo que piensas, Rock? No te permitiré que me ofendas.

—Yo no lo he inventado, querida. Me dijeron que estés en muy buenas relaciones con Appleton.

—Hay gente que no está tranquila sin inventar calumnias.

—Así que es una calumnia.

—Desde luego.

—Sperry y tú solo sois dos buenos amigos.

—Entre él y yo no puede, existir otra cosa.

—Bien —sonreí—. Eso resulta confortador, especialmente cuando uno regresa al hogar, después de una larga ausencia.

Danzamos en silencio y, de repente, ella inquirió:

—¿Qué es lo que te propones, Rock?

La miré a la cara y la vi con el ceño fruncido.

—¿Yo, Wilma?

—Tu conducta se me antoja un poco sospechosa.

—¿Sospechosa de qué?

—Tengo la impresión de que estás tramando algo.

Reí otra vez.

—Son suposiciones tuyas, querida.

Levantó la barbilla.

—¿Qué significa entonces tu presencia en este lugar?

—Quería verte.

—Pudiste llamar al hotel “Galbor” y yo te habría recibido.

—Este escenario es mucho más romántico.

Sonrió divertida. Mis palabras le halagaban sobremanera. Era de esa clase, de las que les gusta tener unos cuantos satélites en órbita.

—¿Es que me vas a hacer el amor, Rock?

—No, nena. No es eso. He preferido este jardín para limar la aspereza que pudiese haber en mis palabras.

Habíase sentido segura por unos instantes y ahora se puso en guardia.

—¿A dónde quieres ir a parar, Rock?

—Es mejor que lo sepas cuanto antes. El accidente de automóvil fue un intento de asesinato... Hoy probaron por segunda vez...

—Es una broma de mal gusto, Rock.

—Nunca he hablado más en serio, Wilma.

Detuvo el movimiento de sus piernas y yo también me quedé quieto.

—¿Quién iba a querer tu muerte? —dijo.

—Estuve pensando en ello muchas horas durante el día. Puede ser Tony Harwood, mi primo Charles... y finalmente llegué a ti.

Sus mejillas empezaron a teñirse de un rubor. De pronto dio media vuelta para alejarse de mi lado, pero yo la apresé fácilmente por la muñeca, reteniéndola junto a mí.

—¿Por qué no, querida?

Giró rápidamente la cabeza, clavando sus furiosos ojos en los míos.

—Debes estar borracho, Rock.

—No lo estoy.

—Entonces es algo peor. Estás perdiendo el juicio.

—No sirven las palabras, nena. En ciertos casos, solo valen las

pruebas. Por ejemplo, examinemos nuestra situación. Si yo hubiese muerto ahora, tú heredarías mis bienes, puesto que sigues siendo mi esposa legal.

—Pero tú bien sabes, que yo iba a interponer una demanda de divorcio.

—Esa sería tu coartada. Al menos, es la que alegarías. Lo cierto es que, de haber salido las cosas de otra forma, tú serías ahora la riquísima viuda del señor O'Mara.

Apretó los dientes y sus senos se estremecieron tempestuosamente.

—No te escucharé un segundo más, Rock.

—Preferiría que me dijese que estoy equivocado.

—Continuar este diálogo sería rebajarme y no estoy dispuesta a hacerlo.

En eso, oí la voz de Tony Harwood:

—Suéltela, Rock.

Se había detenido muy cerca de mí y estaba con las piernas ligeramente abiertas en compás, los puños cerrados a lo largo de sus costados.

—Lárguese, basura —le dije, porque yo también estaba un poco excitado.

—¿Quiere otra lección, Rock? —repuso el buen mozo—. Está bien. Usted lo ha preferido.

Me lanzó un puñetazo con la derecha, pero solo tuve que ladear un poco la cabeza, para que fallase el golpe y empezase a trastabillar. Entonces, aproveché mi momento para cazarlo con el filo de la zurda entre el cuello y la oreja.

Se quedó allí clavado, haciendo extraños movimientos con la boca y los ojos, porque se estaba ahogando. Lo tuve a mi merced y hubiera sido fácil enviarlo dando vueltas por la pista hasta la otra parte, pero todo había ocurrido muy rápidamente y al parecer, nadie nos prestaba atención. No quería armar ningún escándalo, mientras pudiese contenerme.

Wilma se apresuró a coger a su acompañante del brazo.

—Vamos, Tony. No quiero que le pegues.

Hubiera soltado de buena gana una carcajada si el asunto hubiese estado un poco más claro para mí.

Tony se apresuró a hacer un gesto afirmativo con la cabeza. Dábase cuenta de que la intervención de Wilma era lo mejor que podía ocurrir para él. Ambos se fueron hacia la mesa y yo me dirigí al mostrador. Tomé posesión de un taburete y pedí un whisky doble sin soda.

Bebía el primer trago, cuando oí una voz a mis espaldas:

—No me gustaría que me clausurasen el local por cualquier jaleo.

Me volví sin saltar del taburete y vi al tipo. Estaba por los cuarenta años y era alto, tanto como yo. Pesaba los noventa kilos y su tórax era enorme y sus brazos muy largos. Entre sus dientes, ardía un habano de los caros.

—Comprendo que lo sienta —repuse—. Este es un buen negocio, Sperry.

Me dije que no podía ser otro y que no corría ningún grave riesgo llamándolo por su nombre. Sus ojos me miraron como una serpiente de cascabel puede mirar a su supuesta víctima.

—No creí que vendría por aquí, señor O'Mara.

—¿Por qué no había de visitarle? ¿No lo hace mi mujer?

—Usted es la primera vez que viene.

—Alguna vez había de ser.

Sobrevino un silencio. Sperry llevóse la mano a la boca, cogió el largo cigarro y lo observó atentamente, no sé si porque esperaba ver algo extraño en él.

—Después de todo, quizá me alegre de que usted haya venido. Quiero hacerle una oferta.

—¿Me va a vender su club, Sperry?

—No está en venta. Es otra cosa, señor O'Mara.

—¿El qué?

—Regrese a su punto de partida, deje el agua correr debajo del puente y usted será el primer beneficiado.

Me eché a reír mientras sacaba el paquete de cigarrillos.

—¿Sabe a qué me suena eso, Sperry? —esperé a que enarcase las cejas—. A una amenaza.

—No hace falta que lo tome así. A todos nos conviene cambiar de aires de vez en cuando.

—Y ahora ese es mi caso, ¿verdad, Sperry?

—No debe tener ninguna duda acerca de ello.

—¿Por qué, Sperry? ¿Por qué he de cambiar de aires?

Señaló hacia la mesa donde se hallaban Wilma y Tony Harwood.

—Vi antes lo que ocurrió en la pista cuando usted golpeó a Tony.

—Es usted muy observador.

—No paso por alto nada que me interese.

—¿Y qué es lo que le interesaba de esa escena, Sperry? Y por favor, no me repita lo de su temor a que le clausuren el local.

Sus ojos eran ahora como trozos de vidrio.

—Creo que no ha enfocado bien el asunto, O'Mara. Si yo estuviese en su lugar, recordaría lo plácida que ha sido mi vida durante los días anteriores a mi llegada a Lincoln... ¿Dónde estaba usted entonces?

—En Nueva York.

—Y apuesto a que no tenía ninguna complicación.

—Ninguna de tipo personal.

—¿Lo ve usted?... Nada hay mejor que la paz, que la tranquilidad. Regrese allá y se acabarán todos los conflictos para usted.

Nos quedamos mirando en silencio. Luego me palmeó el brazo.

—Piénselo, O'Mara... pero no demore su decisión hasta mañana. Podría ser demasiado tarde.

De buena gana le hubiese clavado un puño en las tripas, pero con eso no iba a adelantar nada. Se despidió con una sonrisa y caminó hacia una mesa, donde se detuvo, para hablar con los que la ocupaban.

CAPÍTULO VIII

DE pronto vi al primo Charles. Estaba cruzando el camino hacia la casa. Pagué mi consumición, añadiendo algo de propina, y me di mucha prisa para ir en pos de él.

Subió por una escalera central y yo le fui a la zaga. Arriba descubrí otro bar. Sperry Appleton era un tipo estupendo. Dos bares en un mismo negocio. Pero allí había menos gente. Vi a Charles que se dirigía a la barra, haciendo una señal al mozo que había detrás.

El empleado lo preparó un whisky y cuando Charles cogía el vaso me acerqué por su lado.

—Hola, muchacho —lo saludé.

Estuvo a punto de escupir el whisky, pero en última instancia logró pasarlo por la garganta.

—¿Tú aquí, Rock?

—¿Asombrado, verdad? —dije, haciendo una señal al mozo para que me sirviese a mí otro vaso.

Charles sonrió divertido.

—Después de todo, me quieres, ¿no es cierto, primo Rock?

—¿Qué te hace suponer eso?

—Te llegó al corazón eso de que antes de las doce de la noche tenía que pagar cinco mil a Sperry Appleton y has venido con la pasta para sacarme del apuro.

—Quizá hubiese traído el fajo, si no hubiese estado seguro que tú lo conseguirías por tu cuenta... Ese bolsillo te abulta mucho —le señalé el que correspondía a la izquierda de su chaqueta.

Rio con más ganas.

—Infiernos, ahora resulta que eres un gran tipo, Rock. Hace un año te la hubiese pegado.

—Uno aprende.

—¿Solo viniste a comprobar mi pago?

Meneé la cabeza.

—No. Me interesa saber mucho más de dónde has sacado la pasta.

—Tengo amigos.

Me llegó el turno a mí de reír.

—¿No lo recuerdas, Charles? Agotaste tu crédito y cuando uno se encuentra en esa situación es imposible encontrar un amigo dispuesto a prestar cinco mil dólares.

Chasqueó la lengua.

—Tú siempre has dicho que yo soy un tipo muy convincente, Rock.

—Sí, quizá eso es lo que te haya valido. Te hubiese bastado para ello pedir un préstamo sobre futuros beneficios en la herencia de Rock O'Mara. Después de todo, ¿no vas a ser tú el administrador cuando yo muera?

Su sonrisa se tornó gélida.

—Ya veo que estás de buen humor.

—Hablo en serio, Charles.

Sintió necesidad de beber un buen trago y luego dijo:

—Se me hace tarde.

—No tienes por qué darte prisa. Vi a Sperry abajo.

—Sí, pero él también me vio y apuesto a que me espera en su despacho. Cuando tiene un buen cobro a la vista, entra por la puerta trasera.

—Me gustaría jugar, Charles.

Sacó un cigarrillo del bolsillo, solo uno y se lo puso en los labios sin encenderlo.

—Antes aborrecías el juego, primo Rock.

—Ahora me siento atraído por nuevas emociones.

Sacudió la cabeza.

—¿Ruleta, póker, bacarrá?

—Bacarrá. Es menos pesado.

—Muy bien. Ven conmigo —me sonrió—. Eso me proporcionará una comisión extra. Sperry me la paga por cada cliente que traigo y

apuesto a que él considera que tú eres de los buenos.

—Seguro, Charles.

Aboné el importe de los dos vasos de whisky y eché a andar detrás de Charles.

Llegamos ante una puerta que había al fondo y Charles pegó tres golpes con los nudillos. Se abrió una mirilla y por el hueco apareció una nariz chata y unos ojos que nos miraron con detenimiento.

—Abre, Luke —dijo Charles.

Luke abrió la puerta y nosotros pasamos al interior de un salón donde había largas mesas. Ahora pude explicarme por qué había tan poca gente en la terraza del jardín y en los dos bares. El público estaba allí. Los jugadores tenían que abrirse paso a codazos para llegar a las mesas de la ruleta y el bacarrá.

—¿Sorprendido, primo Rock? —dijo Charles.

—Un poco.

—La mayor parte de la gente viene de otros estados.

—Sperry tiene una buena ubre.

—Es lo que digo yo. Y el muy cerdo me regatea un dólar siempre que puede.

De pronto sentí un estremecimiento. Acababa de descubrir a Bill, uno de los verdugos que me esperaban a mi llegada a Lincoln. Allá estaba apoyado en la pared, limándose las uñas.

Busqué a su compañero por toda la sala, pero no le encontré.

—¿Ocurre algo? —me preguntó Charles.

—¿Conoces a aquel tipo? —le señale a Bill.

—Solo sé que es uno de los empleados de Sperry.

—Muy bien, Charles. Vete a pagar a Sperry. Yo te esperaré aquí.

—De acuerdo, Rock, pero sé cauto. La noche es larga y tendrás mucho tiempo para perder.

Se alejó de mi lado y poco después abrió una puerta y pasó a una habitación, cerrando tras de sí.

Di la vuelta a la mesa de bacarrá y me acerqué a Bill, por su lado izquierdo.

—Hola, chico —dije.

Levantó los ojos, depositándolos en mi cara. No se inmutó. Por el contrario, sus labios sonrieron.

—Diablos, miren quién está aquí dijo.

—Tenía muchas ganas de verte, Bill.

—Es lo que todos dicen de mí. Se alegran de conocerme. Uno no lo puede remediar.

—No veo a tu compañero.

—Se quedó en casa, enfermo de paperas. Sufre mucho.

—Pobre muchacho. Un tipo como él, tan callado y generoso.

Era un diálogo ejemplar, entre un asesino, un tipo despiadado, y una de sus víctimas.

Sonrió otra vez, mientras decía:

—¿Dónde llevaba la pata de conejo? Diablos, hubiese jurado que a usted lo recogerían en un pañuelo.

—Y quedé entero.

—Eso supone para nosotros un trabajo extra.

—¿De veras?

—Tendremos que empezar otra vez.

—¿Lo vas a hacer tú solo, Bill?

—Es lo que me conviene. Así cobraré la parte de mi compañero.

En aquel instante se abrió la puerta por donde había entrado Charlea. Vi aparecer a Sperry Appleton, la mandíbula desencajada, los ojos furiosos. Miró a un lado y a otro, hasta que me descubrió junto a Bill.

Charles estaba detrás de él y me dio la impresión de que estaba asustado. Era fácil deducir que Sperry le había soltado la gran bronca por haberme llevado hasta allí.

Permanecí quieto, aun cuando desde hacía ya un buen rato mi mano estaba muy cerca del bolsillo donde guardaba la pistola.

Charles me hizo una señal con la cabeza para que fuese hacia ellos y me aparté de Bill.

Sperry trataba de recobrar la serenidad.

—Está reservado el derecho de admisión, O'Mara —dijo cuando llegué a su lado.

—¿Debo pensar que yo no soy una persona grata? —repuse.

—Tómelo como quiera. Pero será mejor que se marche.

—Muy bien, Sperry. No voy a discutir con usted eso. De todas formas, creo que saldré ganando. Pero me interesa otro tema de

conversación. Por ejemplo, el que se refiere a Bill.

—¿Qué Bill?

Desvié los ojos hacia la pared donde había visto por última vez a mi verdugo, pero había ya desaparecido. Volví a mirar a Sperry.

—Era el tipo con quien yo hablaba cuando usted salió de su despacho.

—No lo vi hablar con nadie, O'Mara. Usted estaba solo.

Observé a Charles. La nuez le bailaba en la garganta. Toda su ironía, todo su cinismo, habían desaparecido. Ahora era un pellejo convulso porque el pánico había hecho presa en él. Sperry volvió la cabeza.

—¿Viste tú a alguien, Charles?

El primo Charles se mojó los labios con la lengua.

—No, no vi a nadie. Estaba solo.

Sperry distendió los labios en una sonrisa.

—Es mal asunto para usted, O'Mara. Ya ve visiones.

—Sí —admití—. Creo que bebí con exceso.

—Vuelva a su casa y tómese un café fuerte, un par de aspirinas y métase a sudar en la cama. Ya verá como mañana se encuentra mejor.

—Olvida algo en la receta, Sperry.

—¿El qué?

—Un par de píldoras de plomo.

Me enseñó los dientes blancos y bien alineados.

—Usted ve enemigos en todas partes, O'Mara.

Hice un gesto de despedida con la mano y di la vuelta encaminándome hacia la salida.

Luke, el cancerbero, se quedó quieto y yo también me detuve, mientras introducía la mano en el bolsillo, donde tenía la "Smith y Wesson". Luke era un tipo listo. Supo enseguida la clase de objetivo que yo estaba acariciando. Me franqueó la salida y descendí por la escalera saliendo a la terraza.

Wilma y Tony Harwood bailaban en la pista muy seriecitos. Aparté los ojos de ellos, porque algo llamó mi atención al instante. Brigitte Sheridan cantaba un "slow" en el escenario, rodeada por los músicos.

La muchacha, se cubría con un vestido rojo muy ceñido que

hacía resaltar su esbeltez y sus pronunciadas curvas. Su voz resultaba muy agradable y me lo pareció mucho más, cuando ella me descubrió y siguió cantando como si se dirigiese a mí.

Todo era estupendo. Yo estaba en Lincoln, una ciudad totalmente desconocida para mí, a centenares de millas de mi casa, rodeado de un montón de gentuza. Y había hecho aquel viaje porque a alguien se le había ocurrido colocarme en el pellejo de un tipo del que nada se sabía desde un año atrás. Y Brigitte era la única persona que no me parecía contaminada.

Pedí otro whisky en la barra. Brigitte terminó de cantar y se acercó a mi lado.

—Hola —dijo con voz jovial, ocupando el taburete de la izquierda—. No creí que vendrías.

—Pensé que aquí encontraría muchas caras conocidas y no tenía prisa por irme a la cama.

En aquel momento Wilma y Tony Harwood se dirigían a la casa. Antes de penetrar me lanzaron una mirada, observando de paso a Brigitte.

Pregunté a la antigua amiga de Rock O'Mara:

—¿Sabes lo que hay ahí arriba, Brigitte?

—No he salido nunca, pero he sentido mis propias conclusiones. Supongo que se trata de un garito.

—Sí, y por lo visto sabes muy poco.

—Fui contratada solamente como vocalista. En mi profesión se aprende pronto a no tener opiniones acerca de lo que pasa a nuestro alrededor.

Guardamos un silencio y luego ella, dijo:

—¿En qué lío estás metido, Rock?

Le sonreí.

—¿Quién está metido en un lío?

—Se refiere a tu mujer, ¿verdad?

Era lista la chiquilla, pero claro, ella estaba enamorada de Rock O'Mara y podía captar detalles que para otras personas hubiesen pasado desapercibidos. No ganaba nada con negarlo.

—Muy bien, Brigitte. Tienes razón.

—¿De qué se trata?

No, no podía contárselo porque yo no tenía ningún derecho a

poner en peligro su vida.

—Ya lo sabrás a su debido tiempo —repuse—. Ahora he de silenciarlo.

—Quisiera ayudarte, Rock.

—Quizá puedas. ¿Conoces a una tal Sally Hollister?

—Sí, desde luego. Es la amiga de turno de Sperry.

Aquello cada vez se ponía mejor.

—Háblame un poco más de ella —le pedí.

—Según me dijeron, Sally llegó aquí hace unos seis meses. Ha estado cantando hasta hace poco. Precisamente yo he venido a sustituirla.

Aquella parte de la historia encajaba muy bien con la idea que yo había formado acerca de todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

De pronto, dijo una voz a mis espaldas:

—Caramba, Rock... Es el último lugar donde hubiese creído encontrarte.

Era Austin Jasper. Le estreché la mano que me tendía.

—Yo también necesitaba distracción —dije, sonriente.

Se quedó mirando a Brigitte y los presenté. Seguidamente, dije

—Ya tuve bastante para esta noche. Me vuelvo a casa.

Brigitte se mostró sorprendida por mi marcha repentina, pero yo no tenía tiempo para ofrecerle excusas, especialmente ahora que se encontraba allí el abogado de O'Mara.

Caminé rápidamente hacia la salida y tuve buen cuidado en poner la mano otra vez sobre la culata de la pistola.

Bill me había dicho claramente arriba cuáles eran sus intenciones y él era un tipo con el que no se podía correr ningún riesgo. Pero crucé frente al portero sin que hubiese encontrado ningún obstáculo en mi camino.

Me dirigí a la plaza de estacionamiento y me introduje en un taxi a cuyo conductor di la dirección del edificio Logan.

Cuando llegué a mi destino dije al chófer que esperase.

El edificio Logan era de reciente construcción y uno podía apostar sin temor a equivocarse a que cualquiera de los apartamentos debía costar un buen puñado de dólares. Ningún encargado me interrumpió el paso. Subí en el ascensor hasta la

tercera planta, pero luego tuve que bajar a la segunda, que era donde se ubicaba el apartamento de Sally Hollister.

Apreté el timbre y esperé.

Oí ruido de pasos que se aproximaban y por fin la puerta quedó abierta apareciendo Sally Hollister en el hueco. La morena se cubría con un batín rojo. Sus labios hicieron un mohín y sus ojos se abrieron un poco más de lo corriente al verme.

Le dediqué una sonrisa.

—¿Sorprendida?

—Sinceramente un poco.

Me acerqué a ella y la rodeé por la cintura.

—¿Tan poca fe tienes en tus encantos, nena?

La besé en la comisura de la boca, pero ello no sirvió para que se inmutase.

Eché la cabeza atrás y me sonrió a su vez.

—Pasa, Rock. Aquí nos pueden ver.

Fuimos al *living* y entonces ella se volvió hacia mí, consultando su reloj.

—Son solamente las ocho y media, Rock y el avión parte a las diez.

—No hacía nada por ahí y quise estar más tiempo contigo.

—¿Me perdonas?... Voy a vestirme. En el bar encontrarás una botella de whisky.

Desapareció por una puerta.

Yo fui al bar e hice tintinear un vaso contra la botella, pero luego, rápidamente, dejé las manos libres y me trasladé hasta la puerta tras la que Sally se encontraba.

Pude oír sus palabras. Hablaba muy quedo y naturalmente estaba utilizando el teléfono.



Pude oír sus palabras

Oí el chasquido cuando dejó el auricular en la horquilla y entonces abrí la puerta.

Sally estaba sentada al borde de la cama y volvió sobresaltada la cabeza.

Permanecí un rato mirándola y luego sonrió y levantóse.

—¿Es que vas a olvidar que eres un caballero, Rock? Este es mi dormitorio...

—¿Con quién hablabas?

—¿Yo?

—Sí. Acabas de utilizar el teléfono.

—Oh, sí, le decía al encargado que iba a partir de viaje.

—No, no era al encargado.

—Oh, Rock —siguió riendo—. No sabía que fueses celoso.

—¿Qué es lo que te ha dicho Sperry?

—¿Cómo?

—Sperry Appleton, tu amo.

Sus ojos chispearon iracundos.

—No tengo ningún amo —protestó.

—Le dijiste que al fin he picado, que iré contigo a Las Vegas.

—No sé de qué me hablas.

—Y yo te diré lo que pasaría una vez llegásemos a nuestro destino. Un par de tipos me estarían esperando allá para liquidarme.

—Has perdido la cabeza, Rock.

—Pero no va a ocurrir nada de eso, nena. Sperry te felicitó antes de tiempo. Yo no voy a Las Vegas.

Meneó la cabeza.

—Todo lo que dices carece de sentido para mí.

—Será mejor que te quites la máscara de una vez, Sally. Tú sabes perfectamente que yo no soy Rock O'Mara.

—¿Qué dices?

—Rock O'Mara desapareció de Lincoln hace un año y a mí me trajeron aquí para ocupar su lugar. Tú estás informada de todo y solo he venido a este apartamento para que me aclares las cosas.

Se llevó una mano a la cara apoyándola en la mejilla.

—No puedo creerte.

—Acabó la comedia, pequeña. Mi nombre es Gregory Larkin y soy un abogado de Nueva York. Ya ves que quiero ayudarte. Ahora debes continuar tú...

—No comprendo una sola palabra.

—Puedo ayudarte algo más. Rock O'Mara está muerto con toda seguridad. El asesino no hizo las cosas como debía, pero luego ha tratado de rectificar. Bastó para ello que me encontrasen a mí en Nueva York. Rock O'Mara y yo éramos como dos gotas de agua. Yo

ocuparía el lugar de O'Mara, pero eso solo sería por muy poco rato, justo el que invirtiese en llegar a esta ciudad.

Sally Hollister meneó la cabeza.

—Márchese. Quiero estar sola.

—Primero has de hablar.

—Le conviene abandonar este apartamento cuanto antes.

Eché a andar y ella retrocedió hacia la ventana.

—Vienen a buscarlo, señor Larkin —dijo.

Le mostré la pistola.

—Esta vez me pillarán prevenido —apreté los labios—. Habla.

—Sperry no lo contó en la misma forma que usted.

—¿Qué clase de historia te colocó?

—Usted ha venido aquí suplantando a Rock O'Mara.

Solté una risita, aunque tenía muy pocas ganas de reír. Alegué:

—Yo desconocía la existencia de O'Mara hasta que desperté en la cama de un hospital.

—Usted quería echar mano a la herencia de O'Mara.

—Y supongo que para Sperry yo soy el asesino del propio O'Mara.

—Sí, es lo que dijo. Usted lo mató en Nueva York.

—Sperry es un tipo con mucha imaginación.

—Me dijo que tenía que ayudarlo a sacarle de aquí. En Las Vegas se ocuparían de usted unos cuantos hombres. Le obligué a prometerme que no lo mataría. Sperry aseguró que se contentaría con convencerle, para que abandonase su idea de hacerse pasar por O'Mara.

Sobrevino una pausa. Sally Hollister respiraba agitadamente, como si hubiese hecho una larga carrera.

—Quiero apartarme de todo esto —dijo.

—Entonces te voy a dar un consejo, Sally, suponiendo que me hayas dicho la verdad.

—No sé una palabra más.

—Utiliza uno de los pasajes del avión y lárgate de la ciudad.

Se humedeció los labios con la lengua.

—Sperry pensaría que lo había traicionado.

—Para ti eso significaría muy poco.

—No conoce a Sperry como yo. Muchas veces se ha vanagloriado en mi presencia de que ninguno de los que le engañaron vive para contarle.

—Soy abogado, Sally, y he conocido a muchos tipos como Sperry. Fanfarronean mientras les salen las cosas bien, pero un día u otro se les acaba la racha y entonces escupen a flor de piel la cobardía. Es justamente lo que le va a ocurrir a Sperry. Cuando yo haya terminado con él, no le quedarán ganas para ajustar las cuentas a nadie.

—Quisiera creerle.

—Confía en mí, Sally. Te dejaré en el aeropuerto.

—Pero ellos me seguirán para cerciorarse de que tomamos el avión.

—No le preocupes. Les daremos esquinazo. Te acompañaré hasta el mismo avión. Tú te meterás dentro y yo quedaré fuera. Ellos no podrán hacer nada.

Titubeó unos instantes, pero, finalmente sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Vístete —dije y abandoné el dormitorio, cerrando a mis espaldas.

Me serví una ración de whisky y la bebí a pequeñas dosis, mientras fumaba un cigarrillo.

Sally apareció con una valija en la mano, lista para emprender el viaje.

Asomé la cabeza por el corredor y no vi a nadie. Tomé la valija de Sally y bajamos en el ascensor.

Una vez en la calle nos encaminamos al lugar donde me esperaba el taxi. Poco después corríamos en dirección al aeropuerto.

Un coche negro empezó a seguirnos.

CAPÍTULO IX

NO ocurrió nada por el camino. Los hombres de Sperry estaban seguros de que yo me disponía a abandonar Lincoln en compañía de Sally Hollister.

Llegados al aeropuerto nos encaminamos al bar. Sally pidió un cuba libre y yo un Martini. Vi por el rabillo del ojo a dos tipos que entraron en la sala poco después que nosotros. Ninguno de ellos era Bill.

—Son ellos —me dijo Sally, en voz baja.

—Muy bien. No tienes por qué preocuparte. Todo saldrá bien.

Los dos fulanos se pusieron a examinar los carteles de propaganda que había sobre las paredes.

Sally y yo terminamos las bebidas y justamente en ese instante, un altavoz anunció la inmediata salida del avión para Las Vegas.

Abandonamos el bar y nos pusimos en camino hacia el avión.

Yo cogí a Sally de un brazo. La otra mano la tenía ocupada con la valija.

Avanzamos muy lentamente para dar oportunidad a que los demás viajeros se nos adelantasen.

Los dos gorilas que nos seguían, se quedaron tras la reja metálica.

Nos llegó el turno de subir al aparato. Estábamos al pie de la escalerilla. Rápidamente, puse la valija en la mano de Sally.

—Buena suerte —dije.

Ella me dirigió una sonrisa carente de optimismo.

Empezó a subir por la escalerilla y yo di media vuelta y eché a andar, alejándome del avión.

No me dirigí hacia la reja metálica, sino en busca de otra salida que me mantuviese alejado, al menos de momento, de mis

perseguidores.

La encontré pronto y entonces eché a correr hasta la plaza de estacionamiento, donde me esperaba el taxi.

Pero ellos también corrieron lo suyo, porque cuando llegaba allí descubrí que uno de los rufianes me había cobrado ventaja. Nunca llegaría vivo al taxi.

Seguí avanzando y me introduje por entre los coches, tomándome un descanso para respirar.

Oí ruido de carreras, cuando el segundo tipo se unió a su compañero. Se pusieron a hablar, pero no supe distinguir lo que decían. Al asomar la cabeza vi a uno de ellos señalando justamente hacia donde yo me encontraba. Cambié de lugar rápidamente.

Yo tenía una pistola que podía utilizar en cualquier momento, pero, tal como estaban las cosas, quería evitar en lo posible un encuentro con los tipos.

De pronto llegó un coche por el camino a la ciudad y estacionó cerca de donde estaba agachado. El tipo cerró con fuerza la portezuela y se alejó canturreando por lo bajo, haciendo eses.

Era mi buena estrella. Se había dejado puesta la llave del encendido.

Introdúceme en el coche y lo puse en marcha. Cuando salí disparado el borracho dio media vuelta, gritando:

—¡Oiga, usted! ¡Ese coche es mío!

No pude darle razones, porque los hombres de Sperry no tardarían más de cinco segundos en lanzarse detrás de mí.

Media milla más allá saqué el coche de la carretera y apagué los faros.

Poco después el vehículo negro de los rufianes pasó como un bólido.

Salí de nuevo a la pista y cien yardas más allá tomé un camino vecinal que supuse me conduciría igualmente a la ciudad.

Media hora más tarde me introducía en la cabina telefónica de un bar. Consulté la guía y marqué un número. Una voz ronca me anunció que había establecido comunicación con el club “Tres Palmeras”. Pedí al tipo que avisase a Brigitte Sheridan. Solo tuve que esperar un minuto.

—¿Quién llama? —la oí preguntar.

—Soy yo, Brigitte, Rock O'Mara. Quería preguntarte si sigue ahí mi mujer.

Hubo una pausa y luego me contestó:

—Salió hace un rato, como cosa de diez minutos.

—¿Con Tony Harwood?

—Sí.

Le resultaba difícil informarme.

—¿Alguien más, Brigitte?

—Los dos solos, pero antes de marchar la vi hablar con Sperry.

—¿Cazaste algo de lo que decían?

—No, pero ella estaba muy alterada.

—Naturalmente, no sabes adónde pueden haber ido.

—No.

—Gracias, Brigitte.

—Espera, Rock —dijo rápidamente—. ¿Puedo acompañarte? Ya terminó mi turno por esta noche.

—Lo siento, nena, pero ahora no puede ser.

—Oye, Rock. ¿Y si avisases a la policía?

—No puedo.

—¿Quieres que lo haga yo?

—Echarías a perder mi trabajo.

—Como tú quieras, Rock... El señor Jasper también se marchó... Me estuvo preguntando acerca de nosotros... Demostró mucho interés.

—Bueno, después de todo, él es mi abogado. Dime dónde te hospedas para llamarte mañana.

Me dio su número y dirección.

Enseguida colgué y después de buscar nuevamente en la guía marqué el número del hotel "Galbor".

Pedí a la telefonista que me pusiese en comunicación con la señora O'Mara diciéndole que era su esposo. Al cabo de un rato la empleada me contestó que la señora O'Mara no había regresado al hotel.

Salí de la cabina y bebí junto al mostrador el whisky que había pedido con anterioridad.

Tendría que darme mucha prisa. Si antes me habían condenado

a morir, ahora la sentencia seguía en pie y para ellos su ejecución tenía carácter de suma urgencia. Me había convertido en un peligroso estorbo, en alguien que podía echar a rodar sus planes.

Y lo peor de todo era que no sabía adónde encaminar mis pasos.

De pronto me acordé de algo y salí rápidamente del bar. No utilicé el coche que había tomado prestado en el aeropuerto. Su dueño debía haber comunicado ya la noticia a la policía.

Tomé un taxi y di al conductor la dirección de la casa de Rock O'Mara.

El propio Paul me abrió la puerta.

—Buenas noches, señorito Rock —saludó muy respetuosamente.

—Buenas noches. Paul —repuse y dejé que cerrase.

—¿Ha cenado, señorito Rock?

—Sí, Paul. Ya cené. Solo he venido para hablar contigo.

¿Quieres acompañarme a la biblioteca?

Tosió suavemente y vino detrás de mí. Una vez en la biblioteca me volví hacia él.

—No es necesario que simules más, Paul.

—¿Cómo dice, señorito Rock?

Se me quedó mirando, parpadeante. Fue a decir algo, pero yo lo interrumpí.

—¿Por qué no me descubriste desde el principio, Paul? ¿Por qué preferiste seguir tomando parte en la comedia?

—Usted y él eran iguales.

—¿Solo fue por eso?

—Quería tener la ilusión de que él estaba otra vez en casa.

—¿Cuándo te diste cuenta, Paul?

—Enseguida, señor.

—Mi nombre es Gregory Larkin.

—El señorito Rock tenía una mancha rojiza detrás de la oreja. Era una quemadura que yo mismo le hice mientras lo bañaba cuando era muy pequeño. Apenas se le notaba, porque quedaba cubierta por el cabello, pero yo sí la podía distinguir.

—Y supongo que también la distinguiría la señora, ¿verdad, Paul?

—No lo sé, señor.

—Ha llegado la hora de hablar claro, Paul. Yo no vine aquí por mi propia voluntad. Me trajeron para asesinarme.

Abrió la boca e hizo una mueca de espanto.

—No es posible, señor Larkin.

—Sí, Paul. Lo organizaron todo muy bien, pero por fortuna para mí ocurrió un milagro. No morí en el supuesto accidente que me prepararon.

—Yo pensé que usted estaba suplantando al señorito. Hubo un momento en que decidí dar cuenta a la policía, pero luego... Bueno, su aspecto no era el de un malvado.

—Gracias, Paul.

—¿Dónde está el señorito Rock, señor Larkin?

—Me temo que cuando lo encontremos no esté con vida.

Su ceño se arrugó mientras sacudía la cabeza.

—Muchas veces he pensado en ello, señor Larkin, que el señorito Rock estaría muerto, pero me decía a mí mismo que yo estaba equivocado.

—¿Te das cuenta, Paul? Si Rock O'Mara está muerto es porque lo asesinaron.

—¿Cómo podía asesinarlo alguien, señor Larkin? El señorito Rock era muy bueno, incapaz de hacer daño a nadie.

—Se mata por odio y también por dinero, Paul.

—Sé lo que quiere decir, pero aun así, me cuesta trabajo creerlo.

—Ya te he dicho que he venido aquí en busca de tu ayuda, Paul. En estos momentos andan tras de mí y es mi vida lo que quieren.

—¿Por qué no ha avisado a la policía?

—Porque no adelantaríamos nada con respecto al descubrimiento del crimen. A ellos les sería muy fácil decir que yo soy un farsante. No podemos hacer una acusación en firme sin pruebas y en este caso no las hay. Ni siquiera tenemos el cuerpo del delito, a tu señorito Rock.

—Comprendo, señor Larkin.

—Quiero que te remontes a la época en que desapareció O'Mara.

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Fue aquí en esta casa. Recuerdo que el señorito estaba leyendo en esta biblioteca cuando de pronto sonó el teléfono. Yo fui a alcanzarlo, pero el señor O'Mara estaba más cerca que yo y se me adelantó.

—¿Con quién habló?

—No lo sé, señor Larkin. Él apenas dijo nada. Se limitó a contestar en sentido afirmativo. Finalmente, dijo que iría enseguida. Tampoco se refirió al lugar a dónde tenía que trasladarse.

—¿Estaba la señora en casa?

—No, señor. Había ido a la peluquería. Pero yo supe más tarde que no fue así. Observé su cabeza, cuando llegó la noche y también otro detalle. Sobre su abrigo había algunas agujas de pino.

—¿Se marchó O'Mara inmediatamente después de la conferencia telefónica?

—Sí, señor.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Sobre las siete de la tarde. El señorito subió a su habitación y él mismo hizo su equipaje. Al despedirse, me dijo que estaría una semana fuera. Luego se marchó.

—¿No se refirió a su mujer?

—Para nada, señor Larkin. Eso no me extrañó porque eran frecuentes las discusiones entre ellos. Justamente aquella mañana habían tenido una fuerte disputa.

—Supongo que al irse utilizaría su coche.

—Sí, señor. Un "Chrysler" descapotable color crema.

Di unos pasos por la estancia.

—Y a partir de entonces nunca se supo de Rock O'Mara.

—Así fue, señor.

—Y todos estuvieron conformes con su desaparición. Curioso, ¿verdad, Paul?

—Fue muy triste, señor Larkin, pero usted tiene razón. Todos se mostraron conformes.

Seguí paseando un rato. La ira se iba apoderando de mí por momentos. Era como si me hubiesen atado de pies y manos y ellos ahora me estaban buscando por la ciudad y, si no habían venido a la casa todavía, era porque para ellos sería el último lugar en que

yo buscaría refugio. Miré otra vez a Paul.

—Rock O'Mara debía tener algún sitio donde pasar el tiempo a solas.

—Sí, señor, en una casa de campo

—¿Dónde está?

—En Big Spring, trece millas al este de Lincoln.

—¿Qué clase de casa es esa?

—Una magnífica edificación. El río Spring corre por sus terrenos. Al señorito Rock le gustaba mucho ir allí a pescar.

—¿Por dónde he de ir para llegar a la casa?

—Solo tiene que seguir por la calle de la izquierda y continuar adelante hasta salir a la carretera principal. A unas once millas verá el cartel indicador y un camino que está flanqueado por sicomoros.

—¿Hay alguien allí?

—Solo un hombre que cuida de la casa y su mujer.

—Dime, Paul, ¿has ido muchas veces por esa casa, después de la desaparición del señor O'Mara?

—Un par de veces, señor, pero siempre hice el viaje por mi cuenta. La señora prefiere pasar su tiempo en Lincoln.

—Me encuentro frente a una pequeña dificultad, Paul. No tengo coche.

El viejo criado sonrió.

—Eso tiene fácil solución, señor O'Mara. Le prestaré el mío.

—Gracias.

—Es un "Ford" de hace cinco años, pero se porta muy bien, señor Larkin.

Fuimos a la cochera y me colé dentro del "Ford", listo para emprender la marcha a Big Spring.

Paul asomó la cabeza por la ventanilla.

—Quiero rogarle que tenga cuidado... No me gustaría que le ocurriese lo mismo que al señorito Rock.

—Se trata de mi piel —le sonreí—. Y voy a tratar de conservarla.

—Le deseo mucha suerte... por usted y para que los culpables reciban su castigo... Se lo juro, señor Larkin... El señorito Rock era muy bueno... No comprendo por qué todos lo querían muerto.

Sí; era como él lo acababa de decir. Todos lo querían muerto.

CAPÍTULO X

METÍ el coche entre los árboles y apagué los faros. Luego salté fuera del camino y empecé a andar por el césped.

Una milla más allá me encontré de pronto con la casa. Estaba al fondo. Por una de las ventanas se filtraba luz.

Avancé sigilosamente y eché mano a la pistola. Estaba dispuesto a apretar el gatillo. Pero eso era algo que probablemente ellos también sabían. Era una noche calurosa y mi camisa estaba empapada en sudor. De pronto me llegó un ladrido de la parte trasera de la casa. Fue un ladrido potente, de perro grande. Me quedé quieto un rato, esperando que el can apareciese, pero luego me di cuenta de que debía estar atado. Bien: de todas formas, no debía quedarme allí y proseguí mi camino.

Llegué al fin a la fachada y me deslicé, pegado a ella, hacia la ventana que era mi objetivo.

Empecé a oír una voz que me pareció la de Tony Harwood, pero de pronto, el condenado perro empezó a ladrar otra vez con más fuerza y no pude oír lo que Tony decía. Luego escuché otra voz lejana:

—¡Calla, “Barry”! ¿Qué infiernos te pasa esta noche?

“Barry” no se calló y el tipo dijo:

—Está bien, te soltaré.

Lancé una retahíla de imprecaciones para mis adentros. Allí estaba de sobra. El perro me descubriría y el asunto se pondría muy feo para mí.

Me alejé rápidamente de la ventana y subí a una terraza. En el silencio de la noche oí las pezuñas del perro, mientras corría.

Empujé una puerta de cristales y esta cedió. Me colé en el interior y luego cerré la puerta.

Si el perro quería entrar allí, tendría que hacer un agujero.

Pero, naturalmente, no tardarían en acudir a aquel lugar para echar un vistazo.

Era una habitación muy amplia. Caminé a oscuras, hasta encontrar una puerta. La abrí suavemente, cuando ya el perro saltaba a la terraza.

Vi un *hall* desierto. Salí fuera, cerrando a mis espaldas. “Barry” se puso a ladrar furiosamente en el mismo lugar por donde yo había entrado en la casa. Era un buen vigilante aun cuando yo, casualmente, le hubiese sacado ventaja. Pero ahora no tenía que desaprovecharla.

Oí unos pasos y luego una voz dijo:

—¿Qué le pasa a “Barry”?

Era la voz de Wilma O’Mara.

Me colé en la habitación más próxima y tuve el tiempo justo para cerrar, porque en aquel momento, la hermosa mujer salió al corredor. Pude ver un trozo de su vestido, el mismo con que la había admirado en el club de Sperry Appleton.

Esperé conteniendo la respiración, apretando la culata de la pistola.

Fuera oí ruido de pasos y luego Tony Harwood, dijo:

—Iré a ver lo que ocurre.

Conté hasta cincuenta y abrí la puerta unas pulgadas. La cerré inmediatamente al descubrir a Wilma a menos de dos yardas de mis ojos.

Poco después, Tony Harwood regresó.

—Ese perro está loco. Estaba ladrando en la terraza y la puerta estaba cerrada por dentro... No sirve para nada. Ya le dije a Payton que haría bien en enviar a “Barry” al infierno.

—Siempre fue un buen perro —opuso Wilma.

—Entonces es que ha perdido facultades.

—Quizá sea que estamos todos un poco nerviosos.

—Yo no lo estoy.

—¿De veras? ¿Y qué te ocurrió entonces en el club?

—Sentí deseos de romperle las narices. Eso fue todo.

Wilma soltó una risita.

—Qué valiente eres. Fue él quien estuvo a punto de

rompértelas, si no intervengo yo.

Tony Harwood soltó una carcajada.

—Resultas graciosa, nena... Tenías que habérmelo dejado. Habría tenido bastante con un par de minutos para descoyuntarle todos los huesos.

—Está bien. Volvamos junto al teléfono. Sperry puede llamar de un momento a otro.

—Sí, vamos.

Se retiraron del lado de mi puerta y poco después oí otra que se cerraba.

El perro seguía ladrando, pero ahora Payton debía llevarlo a rastras a su casilla, porque lo acababa de poner en ridículo.

Salí de la habitación y encaminóme resueltamente a la que se encontraba Wilma y Tony Harwood.

Hice girar silenciosamente el tirador, empujé la hoja y pasé al interior.

Wilma estaba sentada en un diván, ojeando una revista de modas. Tony me daba la espalda entretenido en servirse una ración de whisky en el bar que había en un rincón. Ninguno de los dos me había descubierto.

—Hola, muchachos —dije.

Wilma lanzó un grito y la revista le resbaló de los dedos, cayendo al suelo.

Tony Harwood giró bruscamente y se le derramó un chorro de whisky de la botella manchando la alfombra.

Los dos se miraron sorprendidos. La cosa no era para menos, porque yo tenía en mi diestra la pistola.

—¿Qué significa esto, Rock? —preguntó Wilma.

—Piensa por tu cuenta, nena.

—No creerás que Tony y yo estamos aquí... —se interrumpió.

—¿Por qué te detienes? Continúa. ¿Qué es lo que Tony y tú hacéis aquí?

—Simplemente pasamos el rato. ¿No nos ves?

Tony trató de sonreír.

—Claro que sí. Rock. Estábamos en el club y nos aburríamos. De pronto a Wilma se le ocurrió venir aquí.

—¡Fuiste tú quien lo sugirió! —exclamó Wilma con voz furiosa.

Les sonreí a los dos.

—¿Qué más da que fuese uno u otro? Ah, y una advertencia. Preferiría que me llamaseis por mi verdadero nombre, Gregory Larkin... Greg para los amigos.

Wilma se puso en pie bruscamente.

—¡Es una broma de muy mal gusto, Rock!

—¡Ya basta, señora O'Mara!... Llegó el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Me miró con sus hermosos ojos provistos de un extraño brillo.

—Tony —llamó.

—¿Qué quieres, Wilma?

—Será mejor que alcances el teléfono y avises a los loqueros. Mi marido ha perdido el juicio.

Tony fue a dar un paso, pero yo moví la pistola y se me quedó seco, mirándome el arma.

—¡No dispare, Rock!

—¿Tú también me crees loco?

—No, señor Larkin.

—Así está mejor —miré a Wilma—. ¿Lo has oído, querida? Soy Larkin, el hombre que necesitabais para arreglar vuestro asunto, para que todo quedase como una seda.

Se hizo un profundo silencio.

—¿Quién mató a Rock O'Mara? —pregunté.

Los dos permanecieron inmóviles, muy serios

—Haré otra vez la pregunta. ¿Quién asesinó a Rock O'Mara?

Tampoco hubo respuesta. Apunté a Tony con la “Smith y Wesson”.

—¿Fuiste tú, Tony?

—¡No, yo no!

—Sí —meneé la cabeza—. Está tan claro como el agua —Tony se humedeció los labios con la lengua

—¿Qué es lo que está claro, señor Larkin?

—Rock recibió una llamada anunciándole que tú y Wilma os veíais aquí y entonces decidió sorprenderos. Él estaba enamorado de su mujer. Solo quiso llegarse a esta casa para deciros en vuestra propia cara lo que erais... Fue así, ¿verdad, Tony?

El labio inferior de Harwood se estremeció. Quiso decir algo, pero se encontró con que su garganta estaba demasiado seca.

Bebió un trago nerviosamente y el whisky le corrió por la comisura de la boca.

Proseguí en el uso de la palabra:

—Rock se enfrentó aquí con vosotros y os cantó las verdades. Me he hecho una idea de cómo pudo ser O'Mara y apuesto a que él utilizó la mejor arma contra vosotros. Después de todo, vivíais a costa de él. Os anunció lo que iba a hacer. Se os acabaría el dinero, al menos el que salía de sus bolsillos. Y también estoy por asegurar que vosotros vivíais de él única y exclusivamente. Rock tenía pensado ordenar a sus abogados que iniciasen un pleito contra su mujer por infidelidad.

Wilma cruzó los brazos.

—No estás diciendo más que tonterías.

—Espera que llegue hasta el final y apuesto a que cambias de opinión.

Tony se limpió la boca con el dorso de la mano. Ahora señalé a Wilma con la pistola.

—Tú supiste mejor que nadie lo que significaba la amenaza de tu marido. Habías logrado casarte con un hombre rico que te podía proporcionar todos los caprichos. No hace falta ser ningún águila para suponer que no tenías cinco centavos cuando Rock te dio su nombre. Una condena de divorcio por infidelidad suponía para ti la ruina.

Wilma apretó los dientes. Vi como las uñas se clavaban en la carne de su brazo.

—¡Maldito!... Eres como él... ¡Odioso!

Sonreí porque sus palabras, contra lo que ella pudiera pensar, resultaban maravillosas a mis oídos.

—Tú no podías consentir eso, ¿eh, Wilma?... Que Rock O'Mara te dejase otra vez en la miseria, sin un centavo. Quizá habrías hecho planes y hasta es posible que en ellos entrase un accidente del que resultase víctima tu esposo. Tú no lo querías... Lo acabas de decir, nena. Te resultaba odioso.

—¡Cállate!

—Te he visto un par de veces, pero ya sé qué clase de barro es

el tuyo. Mientras tu marido te condenaba, tu cerebro no se estuvo quieto. Rock debió decirte que, mientras se tramitase el divorcio él se marcharía de aquí. Que se disponía a hacerlo en cuanto saliese de esta casa. Y entonces pensaste en lo que se podría hacer. El propio Rock se ponía en condiciones de que tú pudieses sacar el máximo partido de tu matrimonio con él. Allí tenías la oportunidad de preparar el famoso accidente... Pero no contaste con Tony.

Hice una pausa para observar a Harwood, el cual me miraba, haciendo una mueca, con las fauces abiertas.

—Fue así. ¿eh, Tony? Tú te precipitaste... No pensaste de la misma forma que Wilma... En aquellos momentos en tu cabeza solo cabía una idea: la de matar a O'Mara.

—¡No!

—Sacaste la pistola y disparaste sobre él.

—¡Le repito que no fue así!

—Los hechos no dejan lugar a dudas y te voy a recordar algo, Tony. Soy abogado, ¿lo entiendes? Mi profesión me ha puesto en contacto con muchos criminales, con docenas de ellos. Uno se asombra al comprobar que tipos de sangre fría puedan desatar los nervios. Es lo que te ocurrió a ti. Tony. No supiste controlarte. Querías a Wilma, pero también querías el dinero de Rock, y también sabías que ella, sin plata, se te escurriría de las manos... Tú también odiabas a aquel hombre, a Rock O'Mara... Y solo tuviste en cuenta en aquellos instantes la posibilidad de quitarlo del medio, de barrerlo del mapa... Y de esa forma lo mataste.

—¡No fui yo!... ¡Fue ella!

En la habitación se hizo un profundo silencio. Wilma descruzó los brazos y miró bruscamente hacia Tony.

—¡Estúpido!... Es ahora cuando él te ha sacado de quicio... Solo quería una prueba y ya la ha conseguido.

Meneé la cabeza.

—Tenía la completa seguridad de que Tony no lo había hecho. Pero es lo que tú acabas de decir. Necesitaba el testimonio de Tony.

Harwood había hecho saltar el tapón y ahora siguió hablando:

—Wilma tenía la pistola en el bolso... Se puso como loca al oír a Rock... Sacó el arma y le disparó dos tiros en el pecho. Rock se desplomó ahí mismo donde usted está... Yo no tuve nada que ver

con aquello... ¡Nada!

—¡Maldito cobarde! —gritó Wilma.

Tony retrocedió respirando entre jadeos. Miró el vaso que tenía en la mano, pero ya estaba vacío, porque había agotado la última gota. Caminó rápidamente hacia el bar y sirvióse una nueva ración, que bebió con las mismas ansias que si hubiese hecho la travesía del desierto.

Wilma depositó la mirada en mi cara.

—¿Qué piensas hacer, Larkin?

—Justicia. Solo eso.

Sonrió malignamente.

—¿Con qué se come?

—Ya te lo daré a probar.

—Déjate de historias y baja de la nube. Tony no será capaz de repetir eso ante nadie.

—Me lo ha contado a mí y basta.

Soltó una carcajada señalando la pistola que yo tenía en la mano.

—Tú eres abogado, Larkin. Suponiendo que se celebre el juicio, tú tendrías que jurar que Tony Harwood contó su historia mientras lo amenazabas con una pistola... ¿Verdad, Larkin? ¿O estoy yo equivocada?

Aquel demonio también sabía de leyes. Ella tenía razón. El testimonio de Tony Harwood no serviría de nada si luego se retractaba. Me faltaba mucho para llegar hasta el fin.

Miré otra vez a Tony.

—¿Dónde enterrasteis el cadáver?

—No lo sé —respondió.

Lo apunté otra vez con la “Smith y Wesson”.

—No oí bien la respuesta, Tony. Prueba otra vez.

—¡Le juro que no lo sé!

—Has dicho que estabas aquí cuando ella lo baleó.

—Sí, estaba aquí y vi como ella lo hacía... pero luego ya no pude permanecer más tiempo en la habitación. Era superior a mis fuerzas.

—¿Dónde te fuiste?

—Ni siquiera lo sé. Estuve dando vueltas por ahí... hasta que al fin me cansé de andar y regresé a la casa. Vi el coche de Sperry en la puerta y dos de sus hombres estaban en la escalera. No me gustó y fui a huir, pero uno de los tipos me descubrió y me ordenó que me acercase. Luego entramos en la casa.

Tony hizo una pausa para beber un nuevo trago. No necesitaba que yo le diese ánimos para proseguir. Quería soltarlo todo.

—Ya no estaba el cadáver de Rock O'Mara... Solo vi a Wilma y Sperry Appleton. Los dos sonreían como si no hubiese ocurrido nada.

—Pero tú preguntarías, ¿verdad, Tony? A ti te debía interesar todo mucho. Al fin y al cabo, si el crimen se descubría tú serías acusado como autor o al menos como cómplice.

Harwood sacó un pañuelo, pasóselo por la cara llena de sudor.

—Sí, pregunté. Y la respuesta fue la mar de curiosa... Wilma me dijo muy suavemente que allí no había muerto nadie, que su marido ni siquiera había estado en esta casa y que justamente acababa de llamar por teléfono a Rock y que Paul, el criado, le había contestado que él señor había salido de viaje sin dejar dicho a dónde se dirigía.

Sobrevino otro silencio.

—Sperry Appleton —dije—. ¿Eh, Wilma?

La joven se acercó a una mesa ratona y cogió un paquete de cigarrillos y un encendedor. Arrojó una bocanada de humo y luego dijo:

—Te voy a dar un consejo, Larkin.

—¿Sí?

—En Nueva York te están esperando diez mil dólares. Ya sacaste un buen pellizco de todo este caso.

—Sí, me ofrecisteis diez mil dólares, pero era a cambio de mi vida.

—No te pongas dramático. No estás actuando delante de un tribunal.

—Yo te voy a dar otro consejo a ti, Wilma. Te conviene decir dónde está el cadáver.

—Tengo sentido común, muchacho. Eso sería como ponerme la soga al cuello y además no estás tan seguro de que vas a salir de

aquí triunfante, Larkin.

—Muy bien. Si no quieres hablar, ya sabrá sacártelo la policía...

—¿La policía?

—Ahora mismo nos pondremos en camino.

De pronto oí una voz a mi espalda:

—Usted no irá a ninguna parte, Larkin.

Quien acababa de hablar era Sperry Appleton.

CAPÍTULO XI

APRETÉ la culata del revólver y en eso oí otra vez la voz de Sperry.

—Arroje ese chisme, Larkin, o le arranco la cabeza de cuajo.

Miré a Wilma O'Mara. Sus labios sonreían victoriosamente. En cuanto a Tony, estaba con la boca abierta mirando hacia la puerta. Yo no tenía opción y abrí la mano, dejando caer el arma sobre la alfombra.

Sperry dio unos pasos y pasó por mi lado, un poco lejos para evitar que yo me arrojase sobre él.

Se acercó a Tony Harwood y de pronto giró hacia él y le pegó con el cañón del revólver en la mejilla.

Harwood lanzó un grito y se desplomó de rodillas en el sucio. Allí quedó cubriéndose la cara con las manos, chillando como un ratón asustado.

Sperry hizo una mueca feroz.

—Miren al puerco, a este maldito cobarde... Empezó a cantar y a cantar todo lo que llevaba dentro.

Cogió con la mano libre a Tony por el cabello y dio un tirón levantándole la cara. A partir de ahora, Harwood no iba a ser tan guapo. Su mejilla estaba agrietada y por la herida le manaba sangre.

—¡No me pegue más, Sperry! —imploró con voz quejumbrosa.

—¡Debiera desparramarte los sesos! —chilló Sperry Appleton—. No eres un tipo de aguante.

Wilma cogió la “Smith y Wesson”, se sentó en el diván y cruzó las piernas.

—Bueno —dijo—. No hace falta que te pongas así, Sperry. No hay para tanto.

Sperry la miró con ojos centelleantes.

—¿No hay para tanto?... ¡Maldita sea!... ¿Con qué clase de tipejos me asocié?... Ahora tendremos que cocer otro fiambre.

El otro fiambre era yo.

Wilma me observó mientras encendía un cigarrillo. Después, arrojando una bocanada de humo, dijo:

—Él se lo buscó.

Miré a Sperry.

—Ustedes están cometiendo demasiados errores y será mucho mejor para todos que se entreguen.

—¿De qué habla? —inquirió Sperry el ceño fruncido—. Es usted el que está acabado, Larkin... y no le eche la culpa a nadie de su muerte.

—Eso sí que tiene gracia —sonreí—. Yo vivía tranquilo en Nueva York, me traen acá para liquidarme... y ahora resulta que yo soy el responsable de todo lo ocurrido.

—Le invitamos varias veces a que se largase.

—Déjese de historias, Sperry. Sé perfectamente lo que ustedes querían. Si me hubiese ido con su amiguita a Las Vegas, habría encontrado allí mi fosa. Y lo mismo podría haber ocurrido en Nueva York, o en cualquier punto adonde me hubiese marchado... Me sentenciaron desde el momento en que alguno de ustedes me descubrió en Nueva York.

Sperry fue a hablar, pero yo le interrumpí:

—Ahora ya sé la historia completa, Sperry...

—¿De veras?

—Óigame y no tendrá lugar a dudas —hice una pausa—. Tony Harwood se largó de la casa cuando vio en el suelo el cadáver de Rock O'Mara... Así que, Wilma se encontró a solas en la habitación con el cuerpo sin vida... Es una mujer de mucha imaginación y, después de todo, para ella, su marido solo había sido un saco de dinero. Quizá pensó en algo que solucionase el asunto, pero estaba demasiado nerviosa para dar con una idea salvadora. Entonces se acordó de usted, Sperry Appleton. Ella había frecuentado su Club y hasta es posible que le debiese a usted dinero, por asuntos del juego.

Sperry sacudió la cabeza.

—Sí, me debía dinero. ¿Qué pasa con eso?

—Wilma pensó que usted estaría muy interesado en echarle una mano. De modo que marcó su número y le dijo que viniese urgentemente. Usted se llegó aquí y se encontró con el panorama. Probablemente, lo primero que se le ocurriría, sería organizar un accidente para el señor O'Mara, pero enseguida tuvo que desecharlo, porque Rock tenía un par de buenos agujeros en el pecho y eso no lo pasaría por alto ningún forense del mundo... Usted no quiso correr ningún riesgo, Sperry. Solo quedaba una cosa. Enterrar el cadáver con las valijas de que O'Mara se había provisto para su viaje... Naturalmente, contaba el coche, pero eso también se podía hacer desaparecer.

Tony Harwood se sacó un pañuelo y púsose en pie. Sperry no dejaba de apuntarme con la pistola. Tragué aire y proseguí:

—Sus hombres se dieron buena prisa en llevarse el cuerpo de O'Mara y, por ello, cuando Tony Harwood regresó, no quedaba ninguna huella del crimen. Usted los aleccionó bien, Sperry, aunque debió costarle muy poco trabajo con Wilma... Pero sabía que Tony no era ningún enemigo de cuidado... Tony llevaba algún tiempo, viviendo a costa de los O'Mara, y no iba a interrumpir la única fuente de sus ingresos yéndose de la lengua... La idea de ustedes era buena. Dejarían correr el tiempo y finalmente, algún día, Wilma O' Mara iniciaría un expediente por ausencia de su marido. Todo iría como una seda y ella tendría al fin, todo el patrimonio de Rock O'Mara. Esto solo tenía un inconveniente, que había un administrador, el primo Charles, pero hasta en esto tenían suerte, porque Charles era uno de sus mejores clientes, ¿verdad, Sperry?

Appleton rio con ganas.

—Me pregunto de qué le sirve saber todo eso.

—Es posible que de nada, Sperry. Solo me estoy dando satisfacción a mí mismo.

—Pues puede continuar por mí. Sale muy barato.

—Entonces aparecí yo en el asunto. ¿Quién de ustedes fue el que me vio en Nueva York?

—Fui yo —dijo Tony Harwood restañándose la sangre de la mejilla—. Lo vi en un teatro, en el "Odeón".

—Oh, sí. Eso fue hace poco más de un mes.

—Fue en el entreacto de la representación —declaró Tony—. Salí a beber algo y me lo encontré a usted... En mi vida he pasado mayor susto. Pensé que era Rock O'Mara. Lo hubiese jurado por todo lo más sagrado del mundo.

—Pero usted había visto a Rock O'Mara, muerto.

—Sí, lo había visto. Pero también lo veía a usted allá y llegué a admitir que los muertos pudiesen resucitar. Cuando salimos del teatro lo seguí a su apartamento. Aquella misma noche, de regreso al hotel, llamé a Sperry a larga distancia. Cuando le conté el caso no quiso creerlo. Dijo que yo estaba borracho... Le juré una y otra vez que apenas había bebido y le rogué que viniese. Al fin pude convencerlo.

Sperry soltó una risita.

—Desde luego, no lo podía creer, pero tuve que hacerlo cuando al día siguiente lo esperamos a la salida de su apartamento. Resultaba verdaderamente fantástico... Usted y Rock O'Mara eran enteramente iguales.

Meneé la cabeza.

—Y entonces usted empezó a pensar en lo que eso podía suponer para arreglar el crimen de Wilma... Me harían ir a Lincoln con cualquier pretexto, y ahora sí que podrían armar un buen accidente, antes de que nadie tuviese oportunidad de hablar conmigo... Era una gran idea. Rock O'Mara moriría al regreso a su ciudad... Le organizarían un buen funeral e inmediatamente su viuda quedaría dueña de todos los bienes, de acuerdo con el testamento que Rock había hecho... Usted, Sperry, solo tuvo que ordenar a alguno de sus hombres que fuese al banco para girarme diez mil dólares. Tenían que estar seguros de que yo no fallaría... Y luego, el mismo tipo se puso en contacto conmigo por teléfono y el asunto quedó definitivamente zanjado.

Sperry apretó los dientes.

—Todo resultó estupendo, pero usted tuvo una suerte loca al librarse de morir cuando mis muchachos lo arrojaron por aquella barranquera.

En la estancia se produjo un largo silencio. Fue Wilma quien lo interrumpió.

—Bueno, ya hemos pasado el rato, oyendo la historia de este gran muchacho. ¿Qué vas a hacer con él, Sperry?

—Le prepararemos otro accidente —contestó el dueño del garito —. Pero esta vez nadie podrá librarlo.

Wilma me dirigió una risueña mirada.

—¿Qué te parece, Larkin?

—Les voy a estropear el negocio.

—Fanfarronadas.

—Hay alguien en Lincoln que sabe realmente quién soy yo.

—¿Quién? —preguntó Tony Harwood.

—Naturalmente, no diré su nombre.

Wilma se echó a reír.

—Es la respuesta justa que esperaba. ¿No os lo dije? Quiere tomarnos el pelo.

—No le va a servir de nada —dijo Sperry.

Naturalmente, yo me refería a Paul, el viejo criado de Rock, pero hubiese sido ingenuo por mi parte decir su nombre, porque el problema habría tenido fácil solución para ellos. En lugar de dos muertos habría tres.

Sperry hizo una señal a Tony.

—Sal fuera y llama a los muchachos.

Tony abandonó la habitación.

Me dirigía Sperry.

—Pasaron por alto algo muy importante.

—¿Qué se le ocurre ahora?

—Soy muy conocido por cierta gente de Nueva York.

—Ya tuvimos en cuenta eso. No se publicará ninguna foto de usted. Pero le puedo garantizar que tendrá buenas notas necrológicas.

—Gracias.

Tony Harwood regresó con dos hombres y uno de ellos era Bill. El otro tipo era un grandullón de cabello rojizo y cejas muy claras.

Bill hizo una señal con la mano.

—El mundo es muy pequeño.

Wilma protestó:

—No quiero que lo hagáis aquí, Sperry.

—No querrás que me lo lleve a mi club.

—No, pero hay muchos sitios donde tus chicos pueden hacer el

trabajo.

Sperry frunció el ceño.

—¿Cómo llegó él hasta aquí?

Tony Harwood se mojó los labios con la lengua.

—Fuera no he visto el coche que haya podido utilizar. Quizá vino andando.

Sperry meneó la cabeza, diciendo:

—Eso hay que aclararlo enseguida. Muchachos, daros una vuelta por los alrededores.

Bill y el pelirrojo se marcharon.

—No comprendo una cosa —dije.

—¿Lo han oído? —retrucó Wilma—. Hay algo que el gran muchacho no entiende.

Sperry Appleton enarcó las cejas y luego sonrió.

—Pregunte, Larkin. No tenga miedo. Es la hora de dar las respuestas.

—¿Por qué me dispararon en la calle? Me resulta difícil que esa idea haya podido salir de su cabeza, Sperry.

Appleton dirigió una aviesa mirada a Tony.

—Fue el estúpido de Harwood. Se puso nervioso cuando usted se libró de la trampa que le prepararon mis muchachos. Y el muy estúpido quiso hacerlo por su cuenta. Por fortuna falló el disparo, aunque quizá lo hubiésemos podido arreglar. Pero como eso es algo que no ocurrió, ahora estamos en mejores condiciones de enviarlo al otro mundo.

Eché a andar hacia la mesa ratona.

—¡Quédese ahí! —ordenó Sperry con voz seca.

Me volví hacia él.

—Solo quería coger un cigarrillo.

—Dáselo tú, Wilma.

La joven tomó el paquete que había sobre la mesa, sacó uno y lo arrojó al aire.

Eché la mano hacia delante para atraparlo en el aire, pero con toda intención, dejé que golpease en mis dedos y cayese al suelo. Me agaché rápidamente para tomarlo y luego me arrojé sobre Wilma.

Golpeé el costado contra el filo del diván, porque estaba

demasiado lejos de Wilma, pero mi mano logró aferrar la muñeca armada de la joven y tiré de ella violentamente, atrayéndola hacia mí. Yo solo quería que ella me sirviese de escudo para que Sperry renunciase a disparar su arma.

Wilma soltó un grito al chocar contra mi cuerpo. La primera parte de la maniobra salió bien. Oí la maldición que soltaba Sperry, sin atreverse a hacer fuego.

La segunda parte era mucho más difícil. Yo tenía que atrapar el “Smith y Wesson” que Wilma esgrimía. La cogí por la muñeca para retorcérsela y obligarle a soltar el arma, pero entonces ella me arruinó el plan, porque hizo un brusco movimiento y la pistola se fue por los aires, cayendo muy lejos, cerca de la pared de enfrente. Y luego no se quedó quieta. Agachó la cabeza sobre mi brazo y me clavó los dientes en la carne.

Lancé una imprecación y en ese instante, algo percutió en mi cabeza, justamente en el centro. Levanté la mirada y vi a Sperry por encima de mí. Me había golpeado con la pistola, y ahora la alzaba otra vez en el aire para volverla a descargar.

Quise evitar la colisión del golpe, pero Sperry era un tipo muy rápido. La culata se estrelló contra mi sien. De pronto, la habitación se llenó de chispazos y no pude ver nada, porque la luz me cegaba los ojos y luego, súbitamente, todo quedó envuelto en la oscuridad y perdí toda sensación de que existía.

CAPÍTULO XII

RECOBRÉ el conocimiento y me encontré con que estábamos viajando en el coche de Paul. Sperry estaba a mi izquierda apuntándome con la pistola. Bill se sentaba al otro lado y esgrimía una “Luger”. Conducía el pelirrojo.

Sperry hizo una mueca.

—Es una lástima que haya despertado. Podría haber llegado al final sin darse cuenta.

Me dolía condenadamente la cabeza. Pasé la mano por el cuero cabelludo y descubrí que la sangre se había secado.

—¿A dónde me llevan? —pregunté.

—Ya lo sabrá —respondió Sperry.

—Caramba —dije—. No veo por aquí a Wilma ni a Tony. ¿Por qué no los invitó también? Al parecer, va a ser un buen espectáculo.

—Lo será —sentenció Sperry.

Bill se puso a silbar.

Corrimos un par de millas en silencio. Luego, el pelirrojo anunció:

—Estamos llegando, jefe.

—Muy bien, Clark. Párate donde te dije.

Poco después salimos de la carretera y Clark aplicó el pie en el pedal del freno. El coche crujió bamboleándose y finalmente quedó quieto.

Sperry abrió la portezuela de su lado y salió de espaldas, amenazándome con la pistola. Bill me aplicó la suya en los riñones.

—Anda, “Siete Vidas”, baja ya.

Descendí en pos de Sperry y la brisa de la noche azotó mi cara. Respiré con fruición, llenando los pulmones de oxígeno.

El pelirrojo dio la vuelta al motor y luego Bill también salió fuera. Los tres me rodearon para que no tuviese ninguna posibilidad de escape. Estábamos en una ligera pendiente. Olía a resina.

—De modo que es aquí —dije.

—¿De qué hablas? —inquirió Sperry.

—De la tumba de Rock O'Mara.

—Te lo dijo Harwood antes de que yo llegase, ¿eh?

—No, Sperry. No me lo dijo Tony Harwood, pero Wilma estuvo en el lugar donde quedó enterrado su marido. Cuando regresó a casa, en su vestido había agujas de pino. Con toda seguridad se tendió tranquilamente a descansar, mientras los muchachos cavaban la fosa.

Sperry soltó una imprecación. Luego se echó a reír.

—Infiernos, en lugar de abogado, debiste ser detective.

—Un abogado ha de ser muchas cosas.

—Muy bien. Eres muy listo, pero no te ha servido de nada tu inteligencia —rio otra vez.

Señalé el “Ford” de Paul.

—¿Vais a utilizar también el coche?

—¿Tienes algo que alegar en contra?

—¿No crees que resultará un poco sospechoso lo de los dos accidentes? Apenas han transcurrido unas horas desde el primero.

—Te demostraré que yo también tengo cabeza —hizo una pausa—. No, no vamos a utilizar el coche. Un poco más allá hay un precipicio. Tiene más de treinta metros de profundidad... ¿te das cuenta? Ahora no existirá ninguna probabilidad de que se abra una portezuela.

—¿Y qué va a pensar la policía de eso? ¿Que me suicidé?

—Esto está muy oscuro y tú viniste aquí a cazar. Es un coto, ¿sabes? Y lo más gracioso es que te pertenece a ti, a Rock O'Mara... Todo el mundo sabe que la caza es uno de tus pocos pasatiempos. He pensado en todo. Te he traído la escopeta.

—Supongo que Wilma te habrá ayudado para preparar este número.

—Claro que sí. Es una gran chica.

Bill sacudió la cabeza.

—Bueno, jefe, ¿por qué no empezamos ya? Estoy impaciente por oír cómo grita cuando caiga por el abismo.

Sperry ordenó:

—Tú, Clark, coge la escopeta.

Clark fue al portaequipajes y extrajo el arma.

Sperry dijo:

—¿Qué haces, estúpido? Quítale las huellas digitales que has dejado, y cógela luego con el pañuelo.

Clark puso la escopeta entre las rodillas y sacó el pañuelo con el que se puso a limpiarla desde el cañón hasta la culata. Luego se cubrió la diestra con el pañuelo y tomó el arma con mucho cuidado.

Sperry señaló hacia los árboles que había a la derecha.

—Andando, muchacho.

Nos pusimos en camino. Yo caminaba entre Bill y Sperry. El pelirrojo venía detrás con la escopeta que supuestamente ayudaría a establecer mi muerte por accidente.

La noche era muy oscura y apenas se veía brillar una estrella en el firmamento. Las tripas se me revolvían pensando en que aquellos bastardos lograsen salirse con la suya de liquidarme. Es posible que después de mi muerte, Paul quisiese esclarecer la verdad, pero, ¿lo conseguiría? Teniendo en cuenta la clase de gentuza con que se tendría que enfrentar, ahora tuve serias dudas.

Pero no podía estarme quieto. Presentía a Clark detrás de mí y por el ruido de sus pasos, calculé la distancia a que se encontraba. Me detuve y salté hacia atrás poniendo en juego todos los músculos, esforzándome lo indecible, porque era mi pellejo el que estaba en juego.

Cuando mis pies volvieron a quedar en el suelo, cogí del brazo a Clark y se lo hice girar violentamente, lanzándole contra sus dos compañeros.

Sperry y Bill se habían vuelto soltando maldiciones, listos para usar las armas.

Clark soltó un alarido y se vino hacia ellos, embistiendo con la cabeza a Bill y golpeando con la culata del rifle en el pecho de Sperry.

No me detuve a ver lo que ocurriría después. Di media vuelta y

corrí como un conejo en zigzag. Contaba con unos segundos.

Detrás de mí oí los denuestos que brotaban de las bocas de los asesinos. Cuando calculé que de un momento a otro, sonaría el estampido, me arrojé al aire y rodé otra vez por el suelo.

Entonces sonó el disparo y la bala aulló por encima de mi cabeza, incrustándose en el tronco de un pino. Me puse en cuclillas y corrí otra vez a la desesperada.

Sonaron otros dos disparos. Uno de los proyectiles pasó muy lejos de mí, pero el otro me calentó la oreja.

Seguí avanzando vertiginosamente, pero de pronto, mi pie golpeó contra una raíz que afloraba a la superficie y de nuevo me derrumbé, golpeándome la clavícula.

En eso oí la voz de Sperry.

—¡No más disparos, muchachos!

—Déjemelo a mí, jefe —dijo Bill—. Acabaré con sus siete vidas.

—¡Te digo que te estés quieto! —insistió Sperry—. ¿Es que no te das cuenta de que no puede escapar? Por este lado está el precipicio. Le cortaremos la retirada hacia la carretera. Bastará con que Clark se quede aquí.

Aquello significaba unos momentos de respiro. Quedé inmóvil, recuperando el resuello.

Vi las siluetas de Bill y Sperry que iban hacia la carretera.

Tal como estaban las cosas, solo tenía una salida. Intentaría arrebatarle a Clark una de sus armas. Si lo lograba, las cosas podían cambiar favorablemente para mí.

Empecé a deslizarme sigilosamente sobre la alfombra de las agujas de pino.

Clark estaba inmóvil, moviendo la cabeza a un lado y otro, por si se me ocurría acercarme, pero yo estaba pegado al suelo y no me veía.

Dejé correr un minuto y me puse a avanzar nuevamente.

No podía acercarme más. Clark estaba ahora a unas cinco yardas.

Entonces tanteé en el suelo, con la palma de la mano en busca de un guijarro. Invertí algún rato en encontrarlo. Luego eché el brazo atrás y arrojé la piedra a un lado de Clark.

El guijarro chocó contra un árbol que estaba detrás del forajido

y este se volvió como un rayo, dispuesto para hacer fuego.

Entonces me puse en pie y me arrojé sobre él.

Oyó el ruido que yo producía y empezó a volverse. Chocamos y ambos caímos dando vueltas por el suelo. Cuando nos detuvimos, él quedó encima de mí. Rápidamente, volvió la pistola hacia mi cara. Levanté las manos y lo aferré por la muñeca y tiré bruscamente de ella hacia un lado. Clark se derrumbó y yo fui con él, porque no podía dejarlo libre.

La pistola se disparó y la bala enterróse en el suelo.

Oí ruido de carreras. Sperry y Bill regresaban para rematarme.

Incrusté la rodilla en el vientre de Clark. Luego le pegué con el canto de la mano, en el puente de la nariz. Soltó un alarido y se me escapó hacia atrás, llevándose la pistola consigo.

Otra vez me lancé sobre él, porque era el arma lo que yo quería.

El loco de Bill llegaba riendo.

—¡Aguántalo, Clark!... ¡Ya estamos aquí!

Sperry había quedado un poco atrás.

—¡No utilicéis la pistola, muchachos! Es el abismo lo que nos conviene.

Sperry tenía una idea fija en la mente, porque era justamente la que le podría proporcionar sustanciosos dividendos y a pesar de mi mala situación, empecé a pensar que, en fin de cuentas, la fortuna de O'Mara, iría a parar tarde o temprano, a las manos del dueño del "Tres Palmeras".

Clark se recuperó. Era un tipo con mucha musculatura. Mantenía sujeta la pistola a su mano como si hubiese nacido con ella, pero ahora le incrusté el puño entre los dos ojos. Soltó un rebuzno y se quedó inmóvil. Le quité el arma. Iba a volverme, pero entonces, un cañón frío se apoyó en mi nuca.

Oí la voz jadeante de Bill.

—Anda, chico, prueba a volverte y te meto una bala en el cerebro.

Me mordí el labio inferior con rabia. No había servido de nada el que yo me hubiese librado de ellos por unos minutos. Las cosas volvían a estar como al principio.

En eso sonó un estampido y Bill retrocedió tambaleándose. Giré a pesar de su orden y lo vi derrumbarse, mientras se llevaba las

manos al pecho. Dejé de prestarle atención para ocuparme de Sperry que llegaba pegando saltos.

—¡Quieto, Sperry! —le dije.

Pero siguió avanzando hacia mí y observé cómo levantaba la mano con que empuñaba la pistola.

Le disparé a las piernas y vi cómo pegaba un salto en el aire y caía sobre el suelo, soltando chillidos.

Me levanté, exclamando:

—¡Suelte el arma, Sperry, o lo aso sin contemplaciones!

Sus ojos brillaron cuando los detuvo en mi cara. Tenía la pistola apoyada en el suelo y ahora la arrojó lejos de mí, porque sabía que yo no lo amenazaba en vano.

Bill estaba inmóvil cara al cielo y la sangre le estaba manando de la herida que tenía en el centro del pecho.

Entonces oí pasos hacia la derecha y vi emerger a una mujer de la obscuridad.

—¡Dios mío! —dijo la voz de Brigitte Sheridan—. Aún llegué a tiempo.

Sentí un cosquilleo en la garganta. La joven esgrimía un rifle.

—¿De dónde sacaste eso? —le pregunté.

—No quise estarme quieta y traté de localizarte —contestó—. Telefoneé a casa de la señora O'Mara y se puso Paul, el criado. Me dijo que tú te habías marchado para resolver algo urgente... Bueno, entonces le dije que corrías un gran peligro y Paul me contó la verdad... que tú no eras Rock O'Mara y que te habías dirigido a la casa de Big Spring —hizo una pausa para recuperar la respiración—. Me puse en camino hacia allá, pero antes me detuve en el camino, llamé a la policía y lo conté todo.

—¿No los esperaste?

—Temí hacer tarde, pero al llegar a la casa, tú ya no estabas. Me recibió la señora O'Mara y trató de engañarme, diciéndome que tú no habías estado allí. Entonces le dije que estaban descubiertos y que la policía iba a llegar de un momento a otro. Tony Harwood se puso de nuestra parte y me dijo adonde te habían llevado... La señora O'Mara se lanzó contra Tony y los dos se pusieron a pelear como fieras. Yo cogí un rifle que había en una vitrina y me vine hacia acá, cuando ya en el aire oía las sirenas de la policía.

Me limpié el sudor de la cara con el dorso de la mano.

Así que, ahora se había acabado todo. La policía detendría a Wilma O'Mara y a Sperry y hasta a Tony Harwood, aun cuando este saldría mejor librado.

Sperry se quejaba en el suelo.

—Me has partido la pierna, Larkin... Maldito seas... Bill tenía razón, tienes siete vidas.

Brigitte vino hacia mí y se detuvo muy cerca. Sus ojos eran maravillosos.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Gregory.

—Resultaría absurdo decir que me pareciste distinto.

—Pero tú estabas enamorada de él.

—No, Gregory. Solo tenía un buen recuerdo. Me enamoré cuando empecé a hablar contigo... y tú no eras Rock O'Mara.

Nos miramos un rato en silencio y yo entonces alargué mi mano y cogí la suya, y la apreté suavemente.

Brigitte me sonrió.

Y justamente, en ese instante, una sirena aulló a lo lejos. La policía llegaba. Ahora sería fácil localizar la tumba de Rock O'Mara. Los del uniforme se encargarían de ello. Y no pude menos de pensar con tristeza, en aquel hombre a quien no había conocido, y al que su propia mujer y unos cuantos bastardos habían querido muerto.

FIN

Fred Genaro, agente de la Tesorería americana, se encontraba en Marsella. La ciudad más peligrosa de Europa, meta de todos los asesinos internacionales y de los cabecillas del tráfico ilegal de drogas

Y a pesar de su disfraz fue localizado por el enemigo que urdió un plan maquiavélico para acabar con él...



ARCHIVO SECRETO

se titula este relato policíaco, cuya intriga mantendrá sus nervios tensos desde la primera página hasta el desenlace final, completamente inesperado y original

MARK HALLORAN

es el nombre de su autor, famoso internacionalmente, que ha puesto todo lo mejor de su repertorio en esta obra unigualable

ARCHIVO SECRETO

¡Tenía que jugar con la muerte para solucionar aquel caso... y para conseguir ser amado por la misteriosa y descomunal rubia de la que se había enamorado!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la presentará a sus lectores dentro de siete días

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

535 — Jesús Navarro
FIEBRE DE VERANO

COLEC. "MADREPERLA"

534 — Clotilde Méndez
LUNA DE MIEL EN CAPRI

COLECCION "ROSAURA"

528 — María Teresa Sesé
VACACIONES

COLECCION "AMAPOLA"

415 — César de Monterrey
GIOVANNA

COLECCION "ALONDRA"

349 — Vicky Lorca
UNA SOMBRERA NOS SEPARA

COLECCION "ORQUIDEA"

278 — Matilde Redón
FIDELIDAD

COLECCION "CORAL"

4 — Corín Tellado
UNA MUJER AMBICIOSA

COLECCION "BISONTE"

629 — Joe Mugar
RAFAGAS DE MUERTE

Col. "SERVICIO SECRETO"

493 — Keith Luker
TODOS LO QUERIAN
MUERTO

COLECCION "BUFALO"

326 — Alf. Regalado
GRANUJAS EN ACCION

COLECCION "CALIFORNIA"

173 — Marcial Lafuente Es-
tefania

EL FINAL DE UNOS
CUATREROS

COLECCION "TEXAS"

194 — Marcial Lafuente Es-
tefania

¡ESTE ES MI "COLT"!

COLECCION "COLORADO"

118 — Meadow Castle
NACIDO PARA LUCHAR

COLECCION "KANSAS"

84 — Marcial Lafuente Es-
tefania

LLEGADOS DEL ESTE

Col. "HEROES DEL OESTE"

66 — Marcial Lafuente Es-
tefania

LA LEY DEL VALLE

COL. "ASES DEL OESTE"

36 — Fidel Prado
CALIFORNIA 1849

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Dirección: Barcelona 14, Hipólito Irigoyen, 2da. planta.

DUEÑO DEL MUNDO

por **JULIO VERNE**

es el título que presenta esta semana la incomparable

COLECCION HISTORIAS

¡Un libro de actualidad permanente, como todas las obras del inmortal escritor! ¡Las más colosales aventuras surgidas de la imaginación de un hombre que se adelantó cien años a su época!

JULIO VERNE

¡No pierda la ocasión de leer este libro si aún no lo ha hecho!

DUEÑO DEL MUNDO

Contiene 256 páginas y más de 250 ilustraciones que le permitirán "ver" lo lec, como si se tratara de una película

Precio de venta: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Extraordinaria!

**LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA**

temas

**CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.**

**100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS**

**250 Ilustraciones
en cada volumen**

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS



COLECCION

Dalia

una Colección
que ha llenado
un vacío en la
literatura fe-
menina de hoy

Una lectura deliciosa,
emocionante y diverti-
da. Relatos que tienen
el encanto y la senci-
llez del alma juvenil



¡UNA AUTENTICA NOVEDAD EN ESPAÑA!

12 grandes ilustraciones

Precio: 30 ptas.



Una creación de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¡El regalo que su hija espera!